«A 50 AÑOS DE LA NOCHE DE LOS BASTONES LARGOS»

CATEDRA MELON | 2016

RECOPILACION BIBLIOGRAFICA:

- "La Noche de los Bastones Largos, 50 Años", Ediciones FADU, (2016)
- " La Noche de los Bastones Largos", Sergio Morero, EUDEBA, (1996)

VIDEOS RECOMENDADOS:

"La Noche de los Bastones Largos" Parte 1
http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=100389
"La Noche de los Bastones Largos" Parte 1
http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=100390

TEMAS RELACIONADOS:

- "El Mayo Francés" (1968)
" EL Cordobazo"(1969)
"La Primavera de Praga" (1969)
"La Masacre de Tiananmén" (1989)
"Los desaparecidos de Ayotzinapa" (2014)
"Atentado a la Universidad de Kenia"(2015)

LA NOCHE DE LOS BASTONES LARGOS

SERGIO MORERO

eudeba

A MODO DE PRÓLOGO

En 1966 yo tenía 31 años y era cronista de las noticias universitarias en la revista *Primera Plana*, bajo las órdenes directas de Ramiro de Casasbellas, director periodístico del semanario. En tal carácter, participaba de todos los actos oficiales (y de los otros) del quehacer universitario. Presencié las deliberaciones de la Asamblea Universitaria que, el año antes, había elegido como rector de la Universidad de Buenos Aires al candidato humanista ingeniero Hilario Fernández Long, superando en sufragios al reformista doctor Rolando García. Yo tenía mi corazoncito junto al de los reformistas pero, junto con ellos, perdí la elección. A pesar de todo, escribí para la revista (o intenté escribir) una nota objetiva. ¿Quién iba a imaginar que Fernández Long sería un excelente rector reformista al frente de la UBA? Yo, al menos, no. También estuve, claro, la noche en que el Consejo Superior de la Universidad trató el Decreto Oficial N° 16.912 que designaba como delegados del Ministerio de Educación al rector y a todos los decanos. En una vibrante sesión, el Consejo rechazó el nuevo estatus impuesto por las autoridades del gobierno de facto: "Aquí nos quedamos. Que nos echen como al presidente Illia, si quieren", se escuchó decir. Era ya muy entrada la noche cuando todos abandonamos la casona de Viamonte 444, sede del Consejo Superior. El silencio era ensordecedor. Al llegar el rector a la calle, dispuesto a tomar el auto que lo estaba esperando, una mujer (¿estudiante, profesora?) lo tomó del sobretodo negro y casi gritando le dijo: "¡Viva la democracia!". Hilario Fernández Long hizo lo que pudo para reprimir su emoción y en voz muy baja, casi para sí mismo, le contestó: "Sí..., que viva".

La noche

El 29 de julio el clima era muy tenso en los ambientes universitarios de Buenos Aires. Se decía que grupos de estudiantes habían tomado algunas Facultades, dispuestos a resistir la intervención. Yo llegué a la redacción –que funcionaba en Perú 367–, y escribí mi nota habitual sobre las novedades universitarias. Ya la había entregado cuando, de pronto, se escucharon algunas sirenas, chirridos de frenos, gritos. "Creo que es acá cerca, en Exactas", le dije a Ramiro de Casasbellas. (La Facultad funcionaba entonces en Perú 222, a cien metros de *Primera Plana*.) "Anda rápido a ver qué pasa", me contestó.

Muerto de miedo, con la credencial de Prensa en la mano que menos me temblaba, vi cuando la Guardia de Infantería, cuerpo especializado de la Policía Federal, entraba en Exactas, armada con sus bastones largos, rompiendo los vidrios de las puertas, pisándolos luego con sus borceguíes para hacer más impresionante el brutal allanamiento (¿o para calmar, ellos también, su propio miedo? Se les había dicho que los ocupantes del edificio estaban armados), mientras vociferaban: "¡Salgan, comunistas de mierda! ¡Judíos, hijos de puta!". Quienes salieron, con los brazos en alto, fueron alumnos y profesores, armados hasta los dientes con lápices, libros, apuntes, cajas de compases y reglas de cálculos. Los hicieron desfilar entre una doble fila integrada por los valientes "defensores del orden", y los molieron metódicamente a palos antes de llevárselos, detenidos y heridos, en los camiones celulares estacionados de culata a lo largo de la calle Perú. Los policías tuvieron la mala suerte de que entre los golpeados estuviera el profesor norteamericano Warren Arthur Ambrose, quien horas después armó un escándalo internacional con este suceso. (Véase el Apéndice III.)

Volví a la redacción, conté todo a Casasbellas, alguien me convidó con un tazón de café para ver si dejaba de temblar y de putear. Ramiro tiró al canasto mi columna de universitarias, rompió también otras notas de menor interés, llamó a un par de redactores para que hicieran un análisis político de este hecho violento, y me pidió que escribiera un detalle de todo lo ocurrido. Así lo hice. Cuando corregíamos los originales le dije a Ramiro de Casasbellas que este episodio me había hecho acordar a aquella noche europea de los años 30 de cristales rotos y cuchillos largos, empuñados por los amigos de Adolf Hitler. Solo que esta vez se trataba de bastones de madera. Así fue cómo acuñé ese título, luego tan popular: *La noche de los bastones largos*.

La luz del día

Pocas horas después visité a Manuel Sadosky, vicedecano de Exactas, en su departamento. Lo encontré sonriente y animoso, pese a los vendajes y magulladuras en su cabeza, y se puso a contarme lo que había que hacer a partir de entonces. *Primera Plana* podría ayudar porque, después de esa vergonzosa noche, Ramiro había decidido que la revista se convertiría en un vocero de la universidad intervenida. Y lo fue, albergando en sus páginas la mejor y más original información, hasta la proporcionada por los grupos "nazionalistas" y los de extrema izquierda, reunidos en asambleas clandestinas, a las que accedíamos con el fotógrafo después de dar muchas vueltas en taxi con los ojos vendados. Se dice que esta campaña arrojó también buenos dividendos económicos para la empresa, pero eso no me consta porque los periodistas casi siempre somos los últimos en enterarnos en qué andan realmente nuestros patrones.

El resto de la historia es bastante más conocida. Para muchos, *La noche de los bastones largos* fue el primer signo de debilidad del gobierno encabezado por el dictador Juan Carlos Onganía, que volteó al presidente constitucional Arturo UmbertoIllia con la complicidad de amplios sectores de la burocracia sindical que buscaban su lugar bajo el sol, y la peligrosa indiferencia de buena parte de la población.

Treinta años después de aquella noche, la Universidad de Buenos Aires, acosada por presiones internas y externas, no ha podido recuperarse todavía de ese episodio violento que clausuró un período de alta excelencia académica desarrollado entre 1956 y 1966. Las páginas de este libro, además de una breve reseña de los hechos, recogen los testimonios de algunos de sus protagonistas principales, fruto de un riguroso trabajo de investigación periodística realizado por Ariel Eidelman y Guido Lichtman.

Sergio Morero
Julio de 1996

LOS HECHOS

El protagonismo de los estudiantes en los años 60

Inmersos en una época particularmente movida, pocos dudan del papel protagónico desempeñado por los estudiantes en la década del 60, que corrió parejo con su activa militancia política. Si bien los movimientos más importantes tuvieron por escenario el continente europeo –el Mayo Francés y la Primavera de Praga en 1968–, tres años antes, la protesta de los estudiantes norteamericanos contra la guerra de Vietnam había iniciado un proceso al que los jóvenes de nuestro país no fueron ajenos.

El movimiento estudiantil argentino se adueñó de las calles también por esa época. Organizaba actos y manifestaciones, a la vez que se solidarizaba con la CGT a medida que su tradicional visión negativa sobre el peronismo se iba transformando.

Durante la presidencia del radical Arturo Umberto Illia la movilización estudiantil tuvo varios ejes. El más importante fue la invasión norteamericana a la isla de Santo Domingo, iniciada el 29 de abril de 1965, y el hecho de que ese país promoviese, a través de la Organización de Estados Americanos (OEA), la creación de una fuerza interamericana de intervención.

Se realizaron entonces varios actos, organizados por los Centros de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Federación Universitaria Argentina (FUA), para tratar de impedir que el país participara de esa "deshonrosa" misión.

A cada nueva convocatoria se fue sumando más gente, hasta que el 12 de mayo la movilización llegó a su pico máximo con un acto convocado por la FUA, la CGT y la Liga Humanista. Más de 7.000 personas se reunieron en Plaza Congreso. Movimientos y partidos de todo el arco político se dieron cita allí y ocuparon posiciones sugerentes. A la izquierda del palco, ubicado sobre las escalinatas del monumento que dan a la avenida Rivadavia, se colocaron los militantes del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), de los hermanos David e Ismael Viñas y los distintos centros de estudiantes de la UBA. En el centro, y de frente al palco, las columnas del Partido Comunista, y a la derecha los minoritarios grupos peronistas anticomunistas y demás agrupaciones nacionalistas, como Tacuara y la Guardia Restauradora Nacionalista, que caldearon el ambiente al grito de "¡Aquí están, estos son, los fusiles de Perón!".

En concordancia con la amplitud ideológica de la convocatoria hicieron uso de la palabra estudiantes y dirigentes políticos del Partido Justicialista, del Partido Socialista Argentino, de la Democracia Cristiana, del Partido Comunista, de la oficialista Unión Cívica Radical del Pueblo y un líder de la Confederación General del Trabajo CGT. Cuando el acto estaba llegando a su fin, hubo corridas y enfrentamientos. El trágico resultado fue un estudiante muerto, Daniel Horacio Grinbank, y varios heridos de bala. Al día siguiente, dirigentes de la FUA denunciaron a militantes del Sindicato Universitario de Derecho, pertenecientes a Tacuara, como los responsables de esa muerte. Pocos días después se terminó de decidir la postura argentina: el no envío de tropas a Santo Domingo.

La decisión final del gobierno radical molestó a los militares quienes, a partir de ese momento, pusieron a la Universidad en su mira.

A pesar de esto y de una campaña periodística de desprestigio de la Universidad, los estudiantes continuaron con manifestaciones contra la intervención norteamericana en Vietnam y por el incremento del presupuesto universitario.

El peso de los estudiantes de esos años estaba fuertemente relacionado con la Universidad que les tocó protagonizar: la, para muchos, "época de oro" de la UBA. Todavía hoy el desarrollo universitario que se vivió entre 1956 y 1966 es considerado como el más alto que tuvo esa casa de estudios en toda su larga historia.

A partir de la autodenominada Revolución Libertadora y desde la asunción de nuevas autoridades, la UBA había vivido un fuerte proceso de modernización. En pocos años se crearon nuevas carreras, la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), que llegó a ser la más importante de

América latina; la Escuela de Salud Pública; el Departamento de Orientación Vocacional y el de Extensión Universitaria. También se inició la construcción de la Ciudad Universitaria, se aumentó la dedicación exclusiva del personal docente y de investigación, y se incrementó el número de becas para graduados y alumnos. Pero tal vez lo más importante fueron la aprobación del Estatuto Universitario de 1958, que instauró el gobierno tripartito de profesores, alumnos y graduados, y el desarrollo de la investigación científica que tuvo un amplio reconocimiento internacional.

En ese marco, los jóvenes universitarios desarrollaron una conciencia política que se vio reflejada en las resoluciones del VII Congreso de la FUA realizado en octubre de 1965. Allí planteaban: "Apoyo estudiantil a los sectores populares en lucha por el mejoramiento de sus condiciones de vida, y supresión del régimen de explotación y dependencia en el camino de la liberación nacional". Como medidas para lograr ese objetivo, proponían: "la nacionalización de la industria, la banca y el comercio, en manos de monopolios imperialistas", "la reforma agraria radical y profunda" y la necesidad de "una política exterior independiente".

Los estudiantes denunciaban el rol de las Fuerzas Armadas como instrumento del imperialismo norteamericano, y no desaprovecharon la ocasión de expresarse cuando un acto oficial les sirvió a varios generales la oportunidad en bandeja. El 19 de octubre se cumplió el 51° aniversario del fallecimiento del general Julio A. Roca, y una nutrida comitiva decidió recordarlo con un acto frente al monumento ecuestre que está en la esquina de Diagonal Sur y Perú, la misma intersección en la que estaba situada la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

A las 11 de la mañana comenzó el acto que contó con la presencia del presidente de la Nación Arturo Illia, el vicepresidente Carlos H. Perette, el ex presidente José María Guido, varios ministros y funcionarios. Estaban presentes, además, destacadas figuras de las Fuerzas Armadas como el comandante en jefe del Ejército, general Juan Carlos Onganía, el jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Carlos Conrado Armanini y los generales Ignacio Avalos y Rosendo Fraga, así como también alumnos de colegios porteños. De pronto, la solemnidad del acto fue interrumpida por el golpeteo de monedas de 50 centavos y de un peso que, volando desde la azotea y los balcones de Exactas, caían sobre los uniformados. Con la misma selectividad llegaban los insultos que lanzaban un grupo de aproximadamente 15 estudiantes con guardapolvos. Menos de un año tardarían los militares en vengar esa ofensa personal...

Como un presagio de lo que vendría, cuando el jefe de policía fue consultado por los periodistas acerca del incidente, consideró que la culpa

era de la autonomía universitaria, ya que impedía a las fuerzas del orden ingresar a las Facultades sin autorización.

Rumores de golpe

El año 1966 comenzó con un clima político muy cargado. Las presiones militares sobre el Presidente se hicieron explícitas. Una fuerte campaña psicológica de desprestigio hacia Illia invadía los medios periodísticos, entre ellos órganos tan importantes como *La Nación* o *La Prensa*.

Con el paso de los meses, el rumor de golpe de Estado se hizo público e insistente. Cuando el 28 de junio una junta militar derrocó a Illia, la mayor parte de la opinión pública brindó su consenso, apoyando el golpe o mirándolo con indiferencia. La denuncia pública más importante de la violación de la Constitución la realizó la UBA a través de su Consejo Superior y de la FUA. La Universidad fue así la única institución de importancia que orgánicamente rechazó el golpe.

Esa condena, más las cuentas pendientes que los militares se pensaban cobrar por la historia de los monedazos y el hecho de que una universidad crítica e independiente no entraba en su proyecto corporativista, debe haber terminado de condenar a la Universidad. Lo llamativo fue que las nuevas autoridades se tomaron un mes para intervenirla, cuando para cerrar las instituciones del gobierno constitucional no tardaron más que lo que lleva un sencillo trámite. La diferencia era que la intervención a la Universidad podía generar, como efectivamente sucedió, una fuerte respuesta del movimiento estudiantil.

Según cuenta el periodista e historiador Gregorio Selser en una nota escrita en agosto de 1966, y recopilada en su libro *El Onganiato, la espada y el hisopo*:

> Psicólogos y sociólogos al servicio de la dictadura desde muchos meses antes del cuartelazo, han determinado el horario para el lanzamiento de la información. Juristas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, posiblemente la Facultad más reaccionaria de América latina, han encontrado el texto que, eludiendo la palabra "intervención", la produzca en la práctica en todas las universidades estatales argentinas.

El viernes 29 de julio apareció el Decreto-Ley N° 16.912, firmado por Onganía, que anulaba el gobierno tripartito y subordinaba las autoridades –rectores y decanos– de las ocho universidades nacionales, al Ministerio de Educación, transformándolos en meros interventores.

Inmediatamente el rector de la UBA, Hilario Fernández Long, rechazó el nombramiento y simplemente se fue a su casa, mientras que su equipo de asesores presentaba unánimemente sus renuncias.

A su vez, en las Facultades porteñas se realizaron asambleas para decidir qué actitud tomar. En algunas se continuó con las clases y en otras, como en Exactas, se procedió a tomar el edificio.

Una orden no escrita planteó que desde ese momento no se tolerarían protestas o acciones del movimiento universitario. Por eso *La noche de los bastones largos* sucedió sorpresivamente, antes de que venciera el plazo de 48 horas que tenían las autoridades para aceptar la intervención.

Según cuenta Selser, uno de los más interesados en que se reprimiera a los estudiantes de Exactas fue el general Eduardo Señorans, flamante titular de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), quien esa misma noche se habría reunido con el jefe de la Policía Federal, general Mario Adolfo Fonseca, para discutir los detalles de la "Operación Escarmiento".

El periodista también afirma que, desde el golpe, eran usuales las reuniones entre miembros de Tacuara y Enrique Martínez Paz, ministro del Interior e interino de Educación durante un mes.

La noche del último viernes de julio de 1966, la Guardia de Infantería entró y reprimió a alumnos y profesores en las Facultades tomadas. En Filosofía y Letras, Ingeniería y Arquitectura (en la que hubo unos 130 detenidos) y especialmente en Ciencias Exactas, en donde la represión y las detenciones fueron mayores. El nivel de violencia e impunidad con el que actuaron las "fuerzas del orden", impresionaron a la opinión pública y causaron repercusiones en el exterior.

En Exactas la policía ingresó cerca de las once de la noche. El operativo, que contó con cinco carros de asalto, una autobomba y un centenar de agentes de la Guardia de Infantería, fue personalmente dirigido por Fonseca, a quien se lo habría visto conversando en las inmediaciones de la Facultad con un líder de Tacuara.

Finalmente, hubo unos 150 detenidos que fueron distribuidos en las comisarías 1ª, 2ª, 4ª y 22ª. Además, hubo cerca de 50 docentes que, liberados esa misma madrugada, nunca figuraron en las listas de detenidos.

Si bien la acción causó una crítica generalizada, la dictadura no actuó sola. Contó con pequeños grupos de profesores y alumnos que habían apoyado el golpe y que veían con agrado la persecución de "comunistas infiltrados" en la sociedad y, especialmente, en la Universidad.

La violenta intervención puso fin a una época de la UBA llena de mística que sus protagonistas –y muchos otros más– no pueden olvidar, aun cuando ya pasaron treinta años de la trágicamente famosa *Noche de los bastones largos*.

LOS PROTAGONISTAS

"Los bastonazos no fueron lo más importante"

"Lo más importante de *La noche de los bastones largos* no fueron los bastonazos –que al fin y al cabo, teniendo en cuenta lo que vino después, fueron un episodio policial menor–, sino la intervención a las universidades". El autor de esta frase es, nada menos, quien fuera rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) hasta la noche del 29 de julio de 1966, el ingeniero Hilario Fernández Long.

"En la Capital la gente piensa que solo le ocurrió a la Universidad de Buenos Aires –continúa Fernández Long–, pero en esa época había ocho universidades nacionales en la Argentina y fueron intervenidas todas". Para él, el episodio hay que verlo a la luz de lo que pasó en el país y no a través de lo que ocurrió en la Facultad de Ciencias Exactas solamente. "Aquí se destruyó la universidad nacional argentina –puntualiza–. Esa es la gravedad de *La noche de los bastones*".

Desde su casa, ubicada a pocas cuadras del centro de Necochea, a 300 metros del mar, Fernández Long todavía trabaja en su estudio de ingeniería, que se encuentra en Buenos Aires, y con el que se comunica a través del fax y del teléfono.

"Me mudé hace tres años –explica– porque tengo hijos que trabajan acá y porque es una ciudad tranquila". Desde este reducto balneario, el

otrora rector de la más grande Universidad del país intenta revivir aquello que sufrió en carne propia durante la agitada década del sesenta.

"El episodio en sí –confiesa–, fue más que nada una venganza contra el decano de Exactas, Rolando García, porque los militares le tenían mucho odio a la gente de izquierda y pensaban que la Universidad era un nido de comunistas". Pero Fernández Long no se cansa de repetir que "los bastonazos no fueron lo más importante, lo peor fue que destruyeron la Universidad. Por intentar acabar con un pequeño grupo, despedazaron la institución", se lamenta.

Además, recuerda que García le comentó que en Exactas estaba el hijo de un general y que "ese chico se habría identificado tanto con la Facultad y estaba tan contento con el ambiente, que terminó haciéndose comunista. Entonces el padre del estudiante jamás le perdonó al decano que le hubieran pervertido al hijo, y que esa habría sido una de las razones del ensañamiento con Exactas".

Destaca que lo importante fue el decreto-ley por el cual el gobierno del general Juan Carlos Onganía intervenía las universidades. "Fueron muy astutos –reconoce–; como no se atrevían a nombrar interventores, pusieron en ese cargo a los propios rectores". El decreto también disolvía el Consejo Superior y acababa con la autonomía, vigente desde la reforma universitaria de 1918.

El artículo 7º del decreto decía que "los rectores o presidentes de las Universidades Nacionales y los decanos de sus facultades respectivas deberán comunicar personalmente al Ministerio de Educación, dentro de las 48 horas de publicada esta ley, la asunción de las funciones que en ella se les atribuyen. La falta de comunicación oportuna autorizará al Ministerio de Educación a considerar vacante el cargo y a proceder a llenarlo". Pero algunos rectores, como Fernández Long, no mandaron nada ni tampoco fueron. "Por eso, cuando me preguntan si yo renuncié o me echaron –cuenta Fernández Long–, en realidad no hice ninguna de las dos cosas. Simplemente no acaté la ley y me fui a mi casa".

Muchos rectores del interior imitaron su ejemplo, pero otros aceptaron ser interventores. "Fueron dos o tres que estaban con el golpe", revela. Pero la mayoría no accedió; "nos fuimos y a raíz de eso también renunció una parte importante de los profesores y de los investigadores", explica.

Aclara que lo que le molestaba a los militares era que creían que la Universidad era un centro de los comunistas, "cosa que no era cierta". El "fantasma del comunismo" llegó al extremo de que en 1965 se efectuara en la Cámara de Diputados de la Nación una interpelación al ministro de Educación, Carlos Alconada Aramburú, para que verificara si realmente había o no comunistas en la Universidad. Entonces, el funcionario le pasó

la pregunta a Fernández Long, quien le contestó que "nosotros no vamos a andar preguntándole a la gente si es o no comunista".

El ex rector no duda en afirmar que "la revolución que le hicieron a Arturo Illia tenía como principal motivo intervenir a las universidades". Y agrega que "la noche en que el presidente cayó, la mayor parte del país estaba de acuerdo: el peronismo, la CGT, las fuerzas vivas, los empresarios, y los diarios como *La Nación* o *La Prensa*".

Pero esa noche del 28 de junio, cuando Onganía tomó el mando, el rector hizo una declaración en contra del nuevo gobierno. "Fuimos de los pocos que se opusieron", se enorgullece.

Más tarde, ese mismo día, la mayor parte del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires firmó una resolución en la que se repudiaba el golpe de Estado. Pero dentro de las universidades había decanos que estaban con el nuevo gobierno. "Por ejemplo –apunta Fernández Long–, el de Derecho, el doctor Marco Aurelio Risolía, que durante ese mes que yo seguí siendo rector, me vino a ver y me dijo: 'Le vengo a comunicar que me han nombrado presidente de la Corte Suprema'".

Fernández Long cree que si Illia hubiera intervenido la Universidad, probablemente no lo habrían derrocado. "Los militares lo presionaban desde hacía un año –explica–, pero el presidente nunca quiso hacerlo, a pesar de que sabía que corría el riesgo de que lo echaran. Defendió la autonomía universitaria hasta último momento y nosotros se lo agradecemos mucho".

"El primer aventurero feliz"

Durante el mes que separó al golpe de Onganía de *La noche de los bastones largos*, lo curioso fue que ni los rectores hablaron con el Ministerio de Educación, ni el gobierno los llamó a ellos. "Hubo un silencio total –recuerda–, aunque sabíamos que eso no podía durar. Pero nos llamó la atención que pasara el tiempo y la intervención no se produjera".

Los días siguieron pasando. Llegó el 9 de julio, y con él, el festejo del Sesquicentenario de la Declaración de la Independencia, para lo cual se organizó un acto en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí, el rector habló con total libertad e incluso provocó al gobierno. "En mi discurso –detalla– cité una frase de José de San Martín en la que él demuestra su preocupación por el destino del pueblo: 'Temo que, cansado de la anarquía, suspiréis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz'. Aquí me estaba refiriendo a Onganía y lo pude decir libremente frente a los estudiantes, con un lleno de público y sin policías".

Ante la posibilidad cada vez más cierta de la intervención, se realizaron reuniones con estudiantes, para que estos descartaran la posibilidad de enfrentar a la policía y de tomar la Universidad cuando llegara el día tan temido.

"Se dieron cuenta de que era totalmente inútil. Nosotros aconsejamos que no lo hicieran, porque si no Onganía hubiera mandado soldados para que los mataran a todos. No había nada que hacer", comenta resignado.

Finalmente, el 29 de julio llegó el decreto del gobierno, pero el rector y los decanos decidieron no comunicar nada, dar por intervenida la Universidad e irse para sus casas. "Había que resolver aspectos legales ya que yo era el depositario de todos los bienes de la Universidad y debía transferírselos a alguien –recuerda–; entonces llamé al contador e hicimos un acta en la cual él se hizo responsable de los bienes, hasta que unos días después el gobierno nombró un interventor, el doctor Luis Botet".

El temor de Fernández Long fue que el nuevo rector escarbara buscando cosas para acusar a él y a su gente de todo tipo de delitos. Pero eso no ocurrió. "Botet fue un hombre correcto dentro de todo –reconoce–, y no inventó nada raro, a pesar de que él era juez. Bueno, no había nada que encontrar, pero es muy fácil inventar esas cosas". No lo perjudicaron ni tampoco lo persiguió la policía. "Me acuerdo que al otro día me llamaron de Chile y de otros países para saber si me habían atacado, pero debo reconocer que a mí no me hicieron nada", admite.

Después de 1966 Fernández Long se dedicó a su trabajo, las estructuras, y regresó a la Universidad durante el gobierno de Raúl Alfonsín, al frente de uno de los laboratorios de la Facultad de Ingeniería. "Es que me nombraron profesor emérito", recuerda con placer.

Su carrera política en los ámbitos universitarios comenzó en 1962, cuando lo designaron decano de Ingeniería y vicerrector de la UBA. Tres años más tarde, el doctor Julio Olivera, que era el rector, renunció, y hubo que elegir uno nuevo. Para eso se reunió la Asamblea Universitaria, que debió optar entre dos candidatos: Rolando García, por el reformismo, y Fernández Long, por el humanismo. Luego de dos votaciones en las que no se logró la mayoría suficiente, el último fue el vencedor: (humanismo y reformismo eran las dos corrientes más importantes del país en materia de política universitaria. Reformismo desde 1918 y humanismo a partir de la década del 50.)

De García, su contrincante y referente máximo del reformismo, el ex rector recuerda que "era un peleador con nobleza. Una persona con la que uno discutía lealmente. Entramos siendo políticamente enemigos y terminamos apreciándonos". El reconocimiento también surgía desde

el ámbito reformista, ya que muchos de sus partidarios califican en muy buenos términos la gestión de Fernández Long, al punto de afirmar que "era un humanista y sin embargo se comportó como un reformista".

La respuesta del ex rector es que "los reformistas consideraban a los humanistas peores de lo que en realidad eran, a pesar de que compartían muchas de sus ideas". Para él, la gran diferencia era que "dentro del reformismo había mucha presión del Partido Comunista de Moscú, y los humanistas querían liberarse de esa presión".

El humanismo, que se formó sobre el pensamiento del francés Jacques Maritain, se asemejaba a la Democracia Cristiana "ya que era un movimiento de inspiración democrática, que no representaba a la mayoría de los intelectuales católicos, vinculados al nacionalismo, sino que era como su ala izquierda", explica Fernández Long.

"En realidad yo actué de común acuerdo con los humanistas, no es que 'a pesar de ser humanista actué así'; yo me desempeñé así justamente por ser humanista", concluye.

"Con los reformistas éramos enemigos políticos, pero cuando llegó el momento en que las papas quemaron –advierte–, se dieron cuenta de que estábamos todos del mismo lado. No solamente yo, sino toda la gente del movimiento humanista, que estaba conmigo y sin la cual no hubiera podido actuar".

Fernández Long se unió a los humanistas cuando estos ganaron las elecciones en Ingeniería y le propusieron dejar su cargo de profesor para ser decano. "Era un movimiento en el que yo me sentía reflejado porque compartía sus ideas", afirma.

Destaca que a lo largo de su mandato como rector, siempre se creyó apoyado por los estudiantes: "Me sentía respaldado tanto por los humanistas como por los reformistas", recuerda. Como ejemplo pone una visita a la Facultad de Arquitectura, a la que asistió para hablar con los profesores y, cuando los alumnos se enteraron de su presencia, "salieron a las galerías para aplaudir. Yo tenía, realmente, un gran apoyo de todos", reconoce.

La politización de la Universidad

A pesar de que en la Facultad de Exactas había una gran conciencia política, para Fernández Long la más politizada era Filosofía y Letras. "Posiblemente también lo fuera Exactas –concede–, pero allí estaban los mejores profesores y los mejores investigadores, lo que daba como resultado un nivel muy alto. Entonces, eso era lo importante, no la politización". Agrega que, para él, era lógico que hubiera una intensa vida política

"porque es algo que a los jóvenes les interesa hacer mientras están en la facultad: defender sus derechos". Tampoco cree que la politización haya sido un defecto; "si hay buenos profesores, los estudiantes estudian y hay investigación, eso no hace ningún daño", señala.

Las luchas políticas se extendían hasta el despacho del rector. "Peleábamos seriamente por el presupuesto –afirma–, íbamos al Congreso, discutíamos con los diputados, estábamos encima de eso y a fuerza de lucha y más lucha conseguíamos que nos dieran dinero". Una vez que se fijaba el escaso presupuesto universitario, había que discutirlo entre las universidades y allí los rectores se sacaban chispas. Más tarde, había que repartirlo entre los decanos y la lucha por la porción más grande volvía a aparecer. "Ahí aparecía Rolando García, que era un tipo muy peleador y muy rudo –evoca–, y cuando se trataba de presupuesto agarraba y agarraba plata y los vencía a todos. Gracias a eso, él tenía una Facultad que andaba bien, porque las cosas se hacen con dinero". Además, García conseguía muchos subsidios de los Estados Unidos, como de la Fundación Ford o la Rockefeller. "Era un hombre de izquierda pero obtenía plata de los norteamericanos –remarca Fernández Long–, y así logró que Exactas fuera un centro de excelencia".

Más allá de los subsidios que impulsaban a la Universidad, su fortaleza se asentaba en dos pilares: la autonomía y el gobierno tripartito. La primera era frente al gobierno. "Nosotros dependíamos del Poder Ejecutivo en cuanto al dinero –explica Fernández Long–, pero, una vez que teníamos la plata, hacíamos lo que queríamos. Era como si el ministro de Educación no existiera". Cuando había problemas, lo iban a ver directamente a Illia. "En contra de lo que se decía, el presidente era un hombre ejecutivo y muy rápido, que tomaba las decisiones enseguida", describe quien lo tuvo enfrente en varias ocasiones. Uno de los motivos principales de protesta era que llegaba fin de mes y no le giraban el dinero a la Universidad. Entonces el rector y el tesorero iban a la Casa Rosada y, finalmente, la plata llegaba.

Con respecto al gobierno tripartito, en el Consejo Superior estaban los cinco representantes de los profesores, los cinco de los graduados y otros cinco por los estudiantes. Además estaban los diez decanos, que solían ponerse de acuerdo con los profesores y, de esta manera, controlaban el Consejo. "Los estudiantes contribuían, pero no es que manejaban la Universidad, como piensa la gente –desmiente Fernández Long–; además, al momento de seleccionar profesores, los más preocupados de que estos fueran buenos y de mucho nivel eran los propios alumnos". Con sus palabras pretende terminar con el mito de que los estudiantes proponían profesores poco exigentes. "Eso era totalmente falso", remarca.

Enfrentando las críticas

Otro de los mitos de esa época, calificaba a la Universidad como una "isla", alejada de la realidad del país. "Eso era una pavada porque todas las universidades son una élite. Allí es donde está la gente más culta de un país", aclara Fernández Long. "¿Cuál sería la alternativa? –insiste–. ¿Que no haya gente culta? No tiene sentido. Es natural que en una universidad esté la flor y nata de la intelectualidad de un país. Para eso están", exclama. Pero lo que le molesta es la acusación de que no se preocupaban por el país. "No es verdad –responde–. Se resolvían problemas pero a un nivel alto y para el que no era universitario y no tenía cultura, eso le parecía una isla. ¿Pero de qué otra manera podía ser?", se pregunta.

También había gente que acusaba a la Universidad de cientificista, de tener una preocupación exclusivamente académica, una dedicación absorbente por la investigación pura, de espaldas a las necesidades básicas del país. "Estaban equivocados", contesta hoy Fernández Long. Para él, "la Universidad debe ser cientificista. Lo que ocurre es que las críticas provenían de gente inferior y mediocre". Asimismo, asegura que la imputación de que las clases más pobres no podían ingresar a las facultades, también es falsa. "Muchísimos estudiantes trabajaban –aclara–, o sea que la persona que no tenía dinero y quería estudiar podía hacerlo". Cree que hay que tratar que la gente de clase social más baja pueda ir a la universidad con poco dinero, "pero, ¿qué más se puede hacer? –se interroga–: es gratuita, hay becas y en esa época había muchas más".

Más allá de las críticas, está convencido de que aquella fue la época de oro de todas las universidades, no solo de la UBA. "Había mucha investigación y gente que viajaba al exterior y luego volvía al país para aplicar sus conocimientos –agrega–; la Universidad tuvo un nivel muy alto que después no lo recuperó más".

En cuanto a su evaluación actual de las facultades, comenta que "ya no son lo que eran". Está convencido de que se perdió aquel nivel académico tan admirado en otros países, aunque le atribuye este efecto al escaso presupuesto. "No le asignan plata a la Universidad –argumenta–, y sin dinero no se puede hacer nada bueno".

Esta es la visión de un hombre de 77 años, que nació en Bahía Blanca y que estudió Ingeniería en Buenos Aires. De una persona que tiene como *hobby* hacer música por computadora y traducir del chino. La visión de quien fuera nada menos que rector de la Universidad de Buenos Aires durante su época de mayor esplendor.

"Se podía hacer ciencia en serio"

Manuel Sadosky ha pasado los largos años de su vida muy cerca de la docencia y especialmente de la Universidad de Buenos Aires (UBA), en lo que para muchos fue su período más prestigioso. Un arreglado y acogedor departamento en Barrio Norte, que muestra esculturas y pinturas originales en sus paredes, lo tiene por habitante junto a su segunda esposa, Katún Troise (después de haber vivido por años en varios países de Europa, Uruguay y Venezuela). Y si bien su octogenario cuerpo se resiente un poco con la charla prolongada, su interés y permanente preocupación por los temas que lo motivaron toda su vida lo siguen apasionando.

A la hora de pensar en las causas y consecuencias de la violenta intervención a la Universidad en 1966, Sadosky no duda en que para comprender la importancia de esa oscura noche del 29 de julio hay que saber a qué ponen fin esos bastonazos y por qué es un quiebre único en la historia de nuestro país: "Desde 1956, y durante una década, se dio un modelo de universidad en la UBA con un proyecto científico y de un nivel académico que no se ha vuelto a producir". Reflexiona e intenta ser más explícito: "Es difícil de entender para quienes no lo vivieron, pero ni siquiera se han recuperado hasta la actualidad los niveles del año 66".

El doctor Sadosky se remonta a las primeras décadas del siglo XX. "La famosa e importante Reforma del 18, que permitió el cogobierno a los alumnos y graduados junto a los profesores, fue exclusivamente política, y de esas transformaciones no surgió una universidad moderna. El modelo español tradicionalista permaneció sin grandes modificaciones hasta el gobierno peronista, cuando los cambios en la Universidad fueron para peor. Se desvirtuó la autonomía, y el autoritarismo y la obsecuencia fueron los que definieron la docencia durante una década". Siendo más explícito: "los no afiliados al Partido Peronista, como yo, teníamos las puertas de las universidades cerradas, y la Relatividad, que era de 1905, prácticamente no se estudiaba".

Al mismo tiempo que las relaciones entre los universitarios y el gobierno se fueron haciendo más tirantes, con persecuciones y detenciones de los militantes, los profesores mejor formados se mantenían "dando clases particulares o con grupos de estudios. Yo, que tenía un doctorado en Matemática y que había estado en Europa dos años, me mantenía realizando trabajos editoriales. En esos duros tiempos, un profesor de filosofía de nombre Vicente Fatone, que en 1955 fue ternado para rector de la UBA, formó un grupo de discusión en el cual participaban, entre otros y a mi lado, Gregorio Klimovsky, y donde conocí a Rolando García".

Para la época en que el gobierno entró en su crisis terminal, hacia 1955, el antiperonismo de la Universidad era visceral. "Cuando se produjo la caída de Juan Domingo Perón, los militares en el poder reconocieron el aporte del estudiantado universitario a esa tarea, dejando prácticamente en sus manos la orientación posterior de la Universidad –recuerda Sadosky–. De esa forma se empezó a formar un sector renovador, con experiencia en el extranjero. Nos dábamos cuenta de que se podía hacer ciencia en forma seria en nuestro país".

Con la renovación salió a la luz gente nueva que marcaría la siguiente etapa de la Universidad. "José Babini, por ejemplo, el decano interventor de la Facultad de Ciencias en 1956-1957, o Risieri Frondizi, a quien nombraron rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, donde promovió y logró el ingreso de las mujeres, entre otras innovaciones, venciendo una dura resistencia tradicionalista. A su alrededor, se fue conformando lo que sería el grupo reformista que habría de promoverlo a rector de la UBA en 1958. También se destacaron las personas del grupo de Fatone y otras: Arístides Romero, González Bonorino, en Geología; Zenón Lugones, decano de Farmacia y Bioquímica hasta 1966; Florencio Escardó en Medicina..."

"En 1956 nuestro objetivo era crear una universidad moderna teniendo como modelo los países más avanzados". El tono de Sadosky se refuerza al rememorar una época efervescente: "Trajimos profesores del exterior, que después empezaron a venir solos, y enviamos alumnos a otros países a especializarse". Se incrementaron los cargos de profesores *full-time*, se crearon carreras y se renovó el contenido de otras, apareció la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), el Conicet y un Instituto de Pedagogía Universitaria del que fue presidente, pero lo que mejor expresa el espíritu de renovación es el Estatuto de 1958. Y dice con orgullo: "Recién aparecía la biología molecular, el código genético es de 1953, pero en el 58 ya se estudiaba acá". Él no lo menciona, pero en 1960 se creó el Instituto de Cálculo, que dio nacimiento al campo de la computación en la Argentina y que importó de Inglaterra la primera computadora que existió en el país, un modelo Mercury a válvulas apodado "Clementina".

Los subsidios en la picota

Dentro de ese proyecto existieron críticas y diferencias que le dieron a la época muchas polémicas: "Por un lado hubo debates muy importantes entre reformistas y humanistas; el más importante fue el de la creación de las universidades privadas, en 1958". Por el otro, "había grupos influidos por el Partido Comunista que tenían una posición bastante cerrada.

Consideraban que nuestro movimiento renovador servía al imperialismo y no al proletariado. Se gastaron muchos esfuerzos en peleas internas que no llevaban a nada. Un ejemplo fue la cuestión de los subsidios extranjeros. Yo era muy partidario de mirar con cuidado la no existencia de exigencias ulteriores en ellos. La posición extremista era de no recibir ninguna colaboración externa, ni siquiera becas". Reflexiona un momento: "Mucha gente cree que nosotros implementamos una universidad cientificista, poco relacionada con su sociedad; sin embargo, durante esos años realizamos trabajos en YPF y en Ferrocarriles Argentinos, por ejemplo, tratando de hacer aportes a un proceso de racionalización".

La transformación de la Universidad, que sucedió durante los rectorados reformistas de José Luis Romero y Risieri Frondizi, y los humanistas de Julio Olivera e Hilario Fernández Long, se vio interrumpida en forma abrupta por la intervención de la dictadura de Juan Carlos Onganía. Si bien en la UBA la medida afectó a toda la Universidad, la Facultad que fue elegida de ejemplo para la represión y el escarmiento fue la de Ciencias Exactas, donde Sadosky era vicedecano y profesor. A partir del Decreto-Ley 16.912 y su rechazo por el rectorado, "nosotros resolvimos resistir en un sentido simbólico, cerrando la puerta. Pensábamos que la policía podía intervenir, pero no se nos ocurrió que habría hechos tan violentos". Y sigue: "Cuando la policía ingresó, nosotros nos presentamos como responsables de la ocupación. Ya salíamos pensando que nos llevarían a una comisaría, pero entonces empezó una ola de violencia muy grande. Recuerdo que había muchos policías pegando con palos de madera. A Carlos Varsasky lo hirieron en la cabeza y a mí también me golpearon. Me pegaron en la cara, pero no lo sentí. Recién me di cuenta después, en la comisaría, cuando pasé frente a un espejo".

"Lo más deprimente fue que nos pusieron contra la pared del patio –la impresión y la vergüenza ajena vuelven–, y además las mujeres eran golpeadas igual que los hombres. También me acuerdo del profesor norteamericano Warren Ambrose, que no entendía bien lo que pasaba porque sabía que no había ánimo de hacer bochinche, sino de dejar sentada una posición". Después de unas horas en las comisarías de la zona "a la mayoría de los docentes nos pusieron en libertad esa misma madrugada".

Rápidamente se produjo un éxodo que dejó a la UBA desestructurada y con su excelencia destruida. Después de la intervención muchos profesores y sus grupos de estudios decidieron dejar el país. "La gente se fue a Perú, Venezuela y a Chile, donde hubo un escándalo tres años después porque los militares chilenos acusaron a los investigadores argentinos de ser espías de Onganía y los obligaron a abandonar el país. Cuando Salvador

Allende llegó al poder anuló la medida, algunos volvieron y están todavía hoy allí. Otros viajaron a Estados Unidos, Francia e Inglaterra, pero la mayoría permaneció en América latina".

El doctor Sadosky vivió alternativamente en Uruguay y la Argentina, hasta que una amenaza de la Triple A en 1974 lo decidió a emigrar a Venezuela, donde permaneció hasta el 1979. Después estuvo en Barcelona por tres años y en 1983 regresó al país definitivamente.

Con los nuevos tiempos, ocupó la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación durante la presidencia de Raúl Alfonsín, y en esos años "estábamos muy preocupados por recuperar de alguna forma a la gente que se fue en el 66, e hicimos esfuerzos para contactarlos y en algunos casos facilitarles el retorno. Pero hoy, los investigadores argentinos más importantes en Ciencias están en el exterior".

"La basura moral del país"

La biblioteca de la Fundación Campomar parece salida de una serie norteamericana. Posee varios cubículos en los cuales se pueden acomodar grupos de estudiantes o de científicos para intercambiar ideas o, simplemente, para conversar. En uno de esos compartimentos se encuentra Luis Quesada, un biólogo de 50 años que encabeza uno de los equipos de investigación de la Fundación.

"La historia de Campomar, que está muy relacionada con la de la Universidad –precisa Quesada–, empezó en 1952 cuando echaron de la Facultad a Bernardo Houssay (quien en 1947 había recibido el Premio Nobel de Fisiología y Medicina) y a casi toda la 'crema' de ese entonces. Era la época de 'alpargatas sí, libros no'", agrega con tono un tanto despectivo.

Entre los que echaron, también estaba Luis Federico Leloir, alumno de Houssay que ya empezaba a tener nombre propio. A Leloir le habían ofrecido hacerse cargo de los Institutos de la Salud norteamericana pero prefirió quedarse en el país, una decisión que Quesada califica hoy como un error "por la importancia de lo que le estaban ofreciendo".

Fue en ese momento cuando un industrial, llamado Jaime Campomar; compró una vieja casona sobre la calle Julián Álvarez, en Palermo, y se la regaló a Leloir y a su gente para que organizaran un grupo de trabajo. Más tarde se mudaron a Belgrano, a un viejo colegio de monjas, en Vuelta de Obligado y Monroe.

Cuando en 1970 le dieron el Premio Nobel de Química a Leloir, mucha gente donó dinero en efectivo para la construcción de un edificio, que es el

que en este momento ocupa la Fundación, frente al Parque Centenario. En homenaje a aquellos que hicieron aportes, en todos los pasillos y armarios de Campomar hay placas con sus nombres.

"En general esta Fundación tuvo y tiene muchos problemas con los gobiernos peronistas o properonistas, como el de Juan Carlos Onganía –opina Quesada–, pero Leloir era apolítico y un conservador muy liberal, como los de principio de siglo, por lo que no discriminaba a nadie por su orientación política, salvo el peronismo, que lo había corrido".

La Fundación está relacionada con la Universidad desde hace tiempo. En 1952 se empezó a hablar de hacer intercambios con Ciencias Exactas y en 1955, con la llamada Revolución Libertadora, se firmó un convenio entre esa Facultad y Campomar para que todos los profesores de la Fundación, que se habían exiliado durante los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón, dieran clases en la Facultad.

"Era el boom –explica Quesada–; les dieron cargos de profesores investigadores y se creó el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales". Agrega que "a todo el grupo de profesores que estaba acá lo juntaron y ahora en Campomar funciona el Departamento número 11 de la Facultad, especializado en Bioquímica y Biología Molecular".

Arrastrando el 66

Quesada era alumno de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires durante *La noche de los bastones largos* y, a pesar de los treinta años que pasaron, todavía está conmocionado por lo que vivió en esa época. "A mí me da vergüenza decirlo –confiesa–, pero sigo arrastrando el 66, En ningún otro momento de mi vida vi tanto horizonte ni tantas posibilidades de crecer con la gente de mi país y con el país entero".

Esa impresión de que se podían hacer cosas se originaba en el Centro de Estudiantes de la Facultad. "Yo era reformista –recuerda–, aunque en esa época en las listas de la Facultad encontrabas gente de todas las tendencias". Quesada no era dirigente pero participaba en el Centro. "Estaba en algunas comisiones, como la de biblioteca", precisa.

"La sensación –describe– era como si en un pueblito de morondanga hubiese un equipo de básquet que no solo le gana a todo el mundo, sino que comienza a competir internacionalmente y entra a ganar, a ganar y a ganar. Había una mentalidad ganadora, en el buen sentido de la palabra".

Recuerda que el espíritu de trabajo se incrementaba día a día porque, según él, "se veía clarito que trabajando bien, a un muy buen nivel, podías competir con quien quisieras. Se había creado una mística impresionante". Por ese entonces no era raro entrar en los laboratorios y ver a los estudiantes enfundados en su bolsa de dormir a las 3 o 4 de la mañana, para poder controlar los aparatos.

"Es que toda la Facultad vivía una mística global –se entusiasma–, que también se daba en otros lugares de la UBA, pero Exactas era la Facultad que más se prestaba porque se estaba viviendo el *boom* de la ciencia, que en el resto del mundo había aparecido después de la Segunda Guerra Mundial."

Según Quesada, "se estaba compitiendo y se les estaba ganando a investigadores norteamericanos, australianos, etcétera. Realmente se estaban haciendo cosas muy importantes".

Lo destacable del sistema educativo de la Facultad de Ciencias era que, cuando el alumno llegaba a primer año, le explicaban qué grupos estaban trabajando en tal tema y el estudiante iba a tocar la puerta del que más le gustaba. "Yo empecé en Ingeniería –relata– y después me mudé a Exactas y no lo podía creer; el primer año ya estaba en un equipo de investigación. Uno los ayudaba y, en compensación, ellos te explicaban qué era lo que estaban haciendo",

"Había un sentimiento de que las cosas se hacían bien y había pruebas de que así era", afirma orgulloso. Pone el ejemplo de una teoría científica desarrollada por un ruso, que la publicó en su lengua de origen y que, para que los estudiantes pudieran disponer de ella, el Centro de la Facultad contrató a un chico que tradujo el libro que después fue publicado por el propio Centro. "En todo el mundo occidental –aclara–, los únicos que tenían disponible esa teoría éramos nosotros, y la teníamos en castellano".

Inmediatamente aparecieron interesados de todas partes pero, como el Centro había hecho la traducción, no pudieron conseguir nada. "Cuando destruyeron la Facultad –revela– las editoriales norteamericanas se avivaron de que no había que pagar derechos de autor y la tradujeron al inglés".

El Centro recibía revistas científicas que no tenía ni la propia biblioteca de la Facultad, ya que las tenía que pagar. "Nosotros –cuenta– las intercambiábamos por nuestra propia publicación, *Holmbergia*, llamada así en honor a Eduardo Ladislao Holmberg, un famoso naturalista y científico argentino del siglo XIX". Según Quesada, cuando el gobierno entró en el Centro y lo destruyó, a los números de *Holmbergia* "los vendieron como papel viejo o los quemaron".

Otra muestra de que las cosas se podían hacer bien es toda la gente que se formó en esa época y a los que en este momento llaman la "mafia argentina", "porque están en todo el mundo –explica Quesada– y en algunos casos ocupando lugares muy importantes".

Para él, el motor de esto fue "el entusiasmo de ver que los proyectos se concretaban y tenían repercusión internacional, como los profesores que venían de otros países a estudiar con nosotros".

La política era un aspecto muy importante de una Facultad en la que había tres centros de estudiantes: el de Matemáticas y Física, el de Ciencias Naturales (que abarcaba Biología y Geología) y el de Química, cada uno con sus agrupaciones. "Un centro era una cosa realmente seria, con mucho poder –explica Quesada–; por ejemplo, el de Ingeniería, 'La Línea Recta', era una empresa poderosísima, el mayor cliente de reglas de cálculo y de aparatos de dibujo de toda la Capital. Era una empresa manejada y controlada por estudiantes, y en la que nunca se robó plata".

Según recuerda, en el centro de Ciencias Naturales y en el de Matemáticas y Física siempre ganaban las listas del Movimiento Universitario Reformista (MUR), mientras que en el de Química a veces ganaban los reformistas y otras, el humanismo, al que Quesada describe como "la derecha católica más los peronistas confesos, porque ser peronista en la Facultad era muy mal visto. Todos consideraban que nadie medianamente inteligente podía ser peronista".

En las elecciones solía haber una lista humanista y hasta dos reformistas. Las agrupaciones más extremas podían nuclear a los trotskistas que a veces formaban parte del reformismo aunque, en general, en las listas reformistas había radicales, comunistas ortodoxos, del Partido Comunista y otros comunistas disidentes. Según Quesada, el que más pesaba en el MUR era el radicalismo, "de todos los colores, desde gente bastante conservadora hasta tipos prácticamente de izquierda", y el Partido Comunista, "que eran pocos pero muy bien organizados".

La banda de los boludos idealistas

"A pesar de que fueron medidos y controlados –analiza–, los canas cometieron un error: 'masacrar' al matemático yanqui. Eso cambió todo, porque el resto hubiera sido igual y la gente de la Universidad se hubiera tenido que conseguir individualmente un lugar para trabajar en el exterior, pero fue un escándalo mundial y las ofertas vinieron en paquete".

El ejemplo es que a Campomar le ofrecieron mudar el instituto entero a Estados Unidos o a Brasil, pero Leloir decidió quedarse. "De Campomar se fue relativamente poca gente –revela Quesada–; no habrá sido más de la mitad".

La cifra de los que "emigraron" de Exactas es mucho mayor; "echaron o renunciaron el 75 % de los docentes", calcula.

"Lo que pasa es que si no renunciabas eras cómplice de un montón de cosas; entonces, no podías quedarte –reflexiona–. Y cuando los grupos de trabajo se iban a Chile, Venezuela o los Estados Unidos, se iba el equipo completo: el profesor titular, el asociado, el adjunto, el ayudante de primera, el de segunda y los estudiantes más avanzados". Así fue como los científicos argentinos se desparramaron por Latinoamérica. "Toda la Química Inorgánica de Chile se hizo con gente de acá y lo mismo pasó con la Ecología y la Física de Brasil o la Oceanografía de Venezuela", asegura.

En cuanto al 25% que quedó en la Facultad, afirma que eran "sin excepción, o gente de lo más jodida y lo más crápula, o gente sin conocimientos".

Las desventuras de Quesada en Exactas se extienden más allá de *La noche de los bastones largos*. "Además de que me cerraron la Facultad, en el 66 tuve problemas muy serios –recuerda–, porque yo fui del grupo de boludos idealistas que se negó a dar las materias con gente

que no sabía nada. Y eso que si la dabas te aprobaban porque tenían necesidad de mostrar una imagen de normalidad". Lo que le molestó fue que "el que te tomaba el final no sabía de qué estabas hablando; nosotros sabíamos más que ellos. Así que me negué a dar materias y perdí tiempo". Mirándolo treinta años más tarde, opina: "Fuimos boludos porque nos atrasamos muchísimo en la carrera. Además, a los que habíamos estado en el Centro nos tenían marcados en listas negras y hasta el día de hoy me amenazan".

Más tarde, durante la dictadura militar, permaneció en el país. "Tuve suerte –reconoce–; a mí me echó la misión Ottalagano en 1974, sin ninguna razón y todavía estoy en juicio. Así me salvé de que me sacaran de los pelos en el 76". Para ese entonces, Quesada ya estaba en la Fundación Campomar y, "como era alumno de Leloir, no me tocaron", asegura.

"En general acá no molestaron a casi nadie, aunque algunos se tuvieron que escapar", admite.

Sin embargo, lo que más le dolió de ese proceso de desintegración de la Facultad, fue la gente que se hizo cargo a partir de ese momento: "Lo que pasó –concluye– fue que a partir de *La noche de los bastones largos*, entró a Exactas la basura moral del país".

El humanismo y la reforma

Durante la década de 1960 se instaló en los claustros universitarios una lucha política que tuvo como principales protagonistas a los humanistas y a los reformistas. Si bien en un análisis simple se podría identificar a los primeros como "centristas" y a los segundos como "izquierdistas", la realidad era más compleja, ya que en las dos agrupaciones había simpatizantes de diversas vertientes ideológicas, aunque en ambos casos predominaban los de centro-izquierda.

Si la violencia de *La noche de los bastones largos* se concentró en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, el bastión del reformismo, en donde se destacaban su decano Rolando García y su vice Manuel Sadosky, eso no quiere decir que el humanismo no se sintiera igualmente afectado por la intervención. Por el contrario, el rector de la UBA, Hilario Fernández Long, así como sus colaboradores directos, todos ellos humanistas, fueron desplazados de sus cargos el mismo 29 de julio de 1966.

Un año antes, García y Fernández Long se habían enfrentado en la votación que decidiría quién continuaría con el mandato del doctor Julio

Olivera, que había renunciado al rectorado. Si ambos eran las cabezas visibles del reformismo y el humanismo, respectivamente, detrás de ellos había un grupo de trabajo que contaba con sus propios ideólogos. Uno de los motores del humanismo fue Ludovico Ivanissevich Machado, quien ocupó el cargo de Secretario General de la Universidad durante el mandato de Olivera y el de Fernández Long.

"En 1962 –apunta Ivanissevich–, nuestro candidato, el doctor Olivera, ganó porque los reformistas terminaron votando por el que consideraban que era el 'mal menor': prefirieron a un humanista antes que a un hombre de derecha, como era el doctor Marco Aurelio Risolía". Así fue como Olivera ganó su cargo de rector y como Ivanissevich, elegido por aquel, llegó a la Secretaría General.

En ese entonces él era profesor de la Universidad del Litoral, pero al ingresar como secretario general pidió licencia porque "era un cargo *full-time*". Se desempeñaba como secretario del Consejo Superior y del rectorado. No había nada que firmara el rector que no llevara también su rúbrica. "Era el embudo por donde pasaba todo", gráfica hoy. Si bien tenía que estar en todas las reuniones del Consejo Superior, Ivanissevich no participaba en él ya que no tenía voz ni voto. Igualmente, siempre tenía trabajo: "Había pilas de expedientes para resolver o críticas de los decanos que atender", recuerda. Además desempeñaba una tarea más diplomática: la de ser el nexo entre profesores, graduados y alumnos, para que todo funcionara sobre ruedas. "Era una especie de 'eminencia gris'", bromea ahora.

Su departamento en el barrio de Palermo está lleno de libros, plantas y objetos decorativos, que demuestran que este ingeniero civil ya retirado y con 69 años de edad tuvo una época en la que cobraba más dinero que la mísera jubilación que ahora le pasa el Estado.

A pesar de todo, Ivanissevich no se deprime y continúa con su relato que lo lleva a los orígenes del humanismo. "Era un movimiento que se entroncaba totalmente con la del rectorado del reformista Risieri Frondizi y los de Olivera y Fernández Long. Se puede decir que en la Universidad fue toda una época, del 55 al 66", subraya.

Según él, las coincidencias con los reformistas eran importantes: "Dialogábamos desde diferentes puntos de vista, pero con la misma metodología y las mismas ideas centrales acerca de la Universidad. Por eso, entre todos, se pudo hacer el Estatuto Universitario, que fue un verdadero modelo", destaca.

Sin embargo, para Ivanissevich había una diferencia significativa: "Nuestra insistencia con el pluralismo y un tenue sectarismo durante la

época de Risieri Frondizi", apunta. A su juicio eso fue lo que acentuó la separación entre los dos grupos.

El humanismo encontraba a la reforma perfectamente compatible con sus propios fines. "Nosotros creíamos en la libertad de cátedra y tribuna –detalla–, en la departamentización, en la apertura de la Universidad a todas las clases sociales y, por eso, éramos partidarios de la gratuidad de la enseñanza". También apoyaban lo que la reforma significaba como movimiento de proyección social, "ya que también se volcaba hacia las reivindicaciones obreras de aquel momento", recalca.

Los "reformistas-humanistas"

De lo que estaban en contra era de lo que denomina la "neutralidad cerrada", o sea, "la ideología muy cerrada que había dentro de los reformistas", que los llevó a ellos a llamarse "humanistas" para diferenciarse de aquellos a pesar de que, según él, "éramos 'reformistas-humanistas' porque creíamos en la reforma". Explica que tomaron ese nombre para "no estar en un debate permanente acerca de quién tenía la ortodoxia sobre la reforma".

Si bien el humanismo universitario vio la luz en la Facultad de Ingeniería, a principios de la década del 50, para después extenderse a otras universidades del interior del país, sobre todo en Rosario y Bahía Blanca, el movimiento humanista había nacido unos años antes, luego de la Segunda Guerra Mundial.

"Era la época en la que la Democracia Cristiana se extendía por Europa –relata Ivanissevich– pero, en nuestras universidades, casi toda la gente de orientación cristiana era profundamente reaccionaria y muy profascista. Entonces, lo nuestro fue algo muy original para la Argentina, aunque no para el resto del mundo", admite.

Aunque el humanismo era un grupo autónomo y que incluía gente de diversas religiones, nació de un núcleo católico. "Yo fui fundador del humanismo y del Partido Demócrata Cristiano en la Capital Federal, al que renuncié cuando asumí mi cargo en la UBA", comenta.

El nombre de humanismo proviene de un libro de Jacques Maritain, llamado *humanismo integral*, en el que se proponía la apertura progresista del cristiano en el mundo moderno. "Maritain propone una sociedad pluralista –define Ivanissevich–, pero aquí era al revés, había cursos de cultura católica y los intelectuales de inspiración cristiana eran profascistas". Los libros de Maritain estaban condenados por la Iglesia y el propio humanismo fue también rechazado por los altos

sacerdotes. Para Ivanissevich eso demuestra que "el nuestro no era un grupo eclesiástico o paraeclesiástico, sino que era un grupo de gente de inspiración cristiana, que estaba en contra del totalitarismo del gobierno peronista del 45". Según él, la figura de Juan Domingo Perón de ese entonces no era la misma que la del 55 o del 75. "Lo que pasa es que Perón se había formado en Italia y tenía un contagio fascista tremendo, y quienes lo apoyaban eran los 'nazionalistas' con 'z'", agrega muy serio. Además, su recuerdo de la política universitaria de ese entonces no es el mejor: "Sociológicamente, nosotros éramos un grupo homogéneo de clase media que se sentía herido por esa política. Durante su primer gobierno se intervino la Universidad –recuerda– y el interventor fue nada menos que Oscar Ivanissevich, mi tío, quien terminó echándome de mi puesto de profesor".

A pesar de su profunda fe católica, Ivanissevich fue tomado por comunista en una oportunidad. "Fue en los 50 –relata–; yo estaba con el periodista e historiador Gregorio Selser en una reunión de la Federación Universitaria y cayó la policía, que nos mandó a la seccional por ser comunistas". Lo que pasó fue que ese día tuvo lugar la famosa huelga de ferroviarios en la que hasta debió intervenir Eva Perón, y alguien los denunció creyendo que era una reunión de complicidad con el paro. "Lo más divertido –comenta jocosamente– fue que después nos revisaron los bolsillos y encontraron rosarios; entonces los policías no entendieron nada". En Filosofía también había un grupo de protestantes con los que se juntaban los humanistas. "Para esa época, que católicos y protestantes estuvieran juntos era toda una novedad", señala Ivanissevich.

La situación se modificó luego del Concilio Vaticano II de 1962-1965, que ratificó parte de las demandas que el humanismo venía exigiendo desde hacía un tiempo. "Nosotros nos consideramos preconciliares en el sentido de que éramos posconciliares mucho antes. Fuimos precursores de lo que después surgió en el Concilio", asegura. Ivanissevich fue quien introdujo en la Argentina el movimiento Economía y Humanismo, en el que se analizaba, entre otros escritores, a Karl Marx.

"Era un movimiento muy de vanguardia –afirma–, que en ese momento era mirado con cautela por la Iglesia y que era directamente agredido por la derecha eclesiástica, que condenó a muchos de sus autores".

"Después del Concilio todo esto pasó a ser casi palabra oficial", enfatiza. A partir de ese momento la Iglesia empezó a hablar de las diferentes libertades, como la de cátedra. Se logró que el humanismo no fuese condenado –revela–, como ocurrió durante la Revolución Libertadora,

en la que apareció la llamada Unión Federal que reunía a la tradición católica profascista cercana a los militares, que apoyaron una pastoral que no alcanzó a ser legitimada, pero que firmó la Comisión del Episcopado, en la que se censuraba al humanismo. Decía que "ningún católico podía ser humanista". Aunque la pastoral no hablaba del movimiento universitario para Ivanissevich era obvio a quiénes se refería.

"El Concilio sirvió para frenar parcialmente a esa rama reaccionaria de la Iglesia y para ratificar lo nuestro pero, en realidad, no tuvo influencia mayores", concluye.

La fractura

Si bien el Concilio ayudó al humanismo, este no tardó en fracturarse a partir de la intervención universitaria. "En el grupo de los fundadores tuvimos una posición muy firme –asevera–, pero en una segunda generación, hubo gente que fue directamente a colaborar con Onganía. En realidad, la agrupación se partió en tres. Porque hubo otro grupo que se radicalizó y llegó, por un lado, a estar aliado con movimientos trotskistas y, más adelante, con la guerrilla.

De esos tres grupos que podrían considerarse como de centro derecha e izquierda, respectivamente, el que más rápido desapareció fue el primero, al que pertenecía Ivanissevich. "Lo que pasó –explica– fue que con Onganía hubo una supresión de toda actividad política visible. Entonces, los centrados que no quisimos pasar a la clandestinidad para conspirar de una manera, digamos violenta, nos quedamos sin mucho que hacer".

Sin embargo, a principios de 1966 el humanismo estaba vivito y coleando, a pesar del golpe militar que ya se respiraba en el ambiente. "Nosotros ya lo veíamos venir –admite Ivanissevich–, se reflejaba en la campaña de los medios, en las notas de Mariano Grondona en *Primera Plana*, de cómo alababan la figura de Onganía".

La campaña también era en contra de la Universidad, e Ivanissevich señala algo muy curioso. "Mientras que por derecha se la acusaba de comunista, a pesar de que su rector era católico, también era tildada de cientificista por los trotskistas".

El día en que se produjo el golpe, Fernández Long entró a mi despacho (Ivanissevich era del grupo que lo ayudaba a preparar sus discursos) y le dijo: "Quiero escribir una declaración que empiece así: 'En este día aciago en el que se ha atentado contra todos los poderes constituidos...'". Aquella declaración del rector de la Universidad de

Buenos Aires, que luego fue ratificada por el Consejo Superior, fue una de las pocas en el país que se pronunció institucionalmente en contra de la autodenominada "Revolución Argentina".

El comprender por qué fueron los únicos, le ha costado a Ivanissevich un largo tiempo: "Creo que fue la lucidez universitaria –arriesga–, nos dimos cuenta de que una de las causas del golpe fue acabar con la Universidad y no lo íbamos a permitir". Para él, los militares respondieron a lo que demandaban el Pentágono y la Casa Blanca: "Terminar con los focos de subversión, como las universidades de Latinoamérica que se oponían a la invasión de Santo Domingo", acusa. Agrega que había una gran influencia de los Estados Unidos: "Los generales de por acá iban a estudiar a West Point y entonces había una clara denuncia del movimiento estudiantil en contra de eso". La Universidad veía la guerra de Vietnam como una lucha "imperialista, inhumana y absolutamente injustificada" y protestó por eso, algo que a los norteamericanos no les cayó nada bien.

El mes que transcurrió entre el derrocamiento del presidente Arturo Illia y la intervención a la Universidad, fue de mucha tensión en el rectorado. "Esperábamos la intervención todos los días –confiesa Ivanissevich–, y yo pasé muchas noches durmiendo en el rectorado para dar una sensación de resistencia, de presencia". Además, no había diálogo con el gobierno: "La primera comunicación oficial fue el propio decreto de intervención", recuerda.

Cuando el 29 de julio el Ministerio del Interior nombró interventores provisorios a los propios rectores, derogó el Estatuto Universitario y disolvió los órganos de gobierno, Fernández Long optó por irse a su casa, mientras que todos los que estaban con él, Ivanissevich incluido, resolvieron renunciar. "La reacción inmediata fue que si aceptábamos eso y esperábamos que echaran uno por uno a quienes ellos consideraban comunista o procomunista, iba a ser terrible –describe–; entonces llegamos a la conclusión de que había que provocar una reacción en masa, irnos, pero el compromiso fue quedarse en países de Sudamérica".

Según él, lo grave fue que "los profesores que se fueron eran los que estaban a la vanguardia de la investigación y de todo lo que tenía de novedoso la Universidad –se lamenta–; esa fue la época de esplendor de la Universidad, que se quedó sin los centros de investigación o docencia moderna. Eso no se restauró y trajo la mediocridad", sentencia.

Calidad humana

Ivanissevich cree que ese esplendor se debía a la "calidad humana" de esa época. Explica que "durante los primeros gobiernos de Perón, la Universidad se había degradado totalmente y con la Revolución Libertadora volvieron muchos investigadores que se habían ido, como Bernardo Houssay, que trajeron nuevas ideas. Se implementó la política de mandar alumnos a universidades extranjeras, durante uno o dos años y que después volvieran al país para aplicar sus conocimientos". Define a ese esquema como "voluntarista" y agrega que eso se debió a que "después de un momento totalitarista, llegó uno pluralista, y el pluralismo enriquece".

También destaca que uno de los problemas eternos de la universidad era el presupuesto.

"Con Arturo Frondizi como presidente se le dio mucho presupuesto a la educación, pero con Illia ya había que luchar por el presupuesto". Recuerda que en esa época debían bregar para que les llegara dinero y que el presidente de la Cámara de Diputados les decía "sigan, sigan en la lucha", pero que "no le sacábamos nada".

Por último, afirma "que en 1955 los militares se dieron cuenta de que Perón había agredido a la Universidad y querían, de alguna manera, desagraviarla". Para él, la prueba está en que el primer interventor fue José Luis Romero, "un hombre muy inteligente y capaz". Sin embargo, el desagravio no duraría mucho; el 29 de julio de 1966 la Universidad fue cruelmente pisoteada por las botas militares.

Un problema de dignidad

Cuando la intervención del 66 cambió la historia de la UBA, junto a los profesores que impulsaban un proyecto renovador y a los estudiantes que eran sus principales beneficiarios, había un grupo importante de jóvenes que empezaban su carrera docente y de investigación. A la Facultad de Ciencias Exactas se había incorporado mucha gente que estudió o se terminó de formar en la universidad posperonista con un muy buen nivel.

Esas personas recuerdan con mucho cariño una época en la que el proyecto universitario modernizador y sus fuerzas juveniles se mezclaban en una mística muy especial, que ha quedado inscripta en el pasado. Rubén Cucchi destapa hoy una cerveza fría mientras se acomoda en un sillón. Tiene 66 años, pero no los aparenta, y está jubilado del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) desde hace dos años. A su derecha se

sienta su esposa, Susana Sommer. La pareja "juega" de visitante pero se siente local por una larga amistad con la dueña de casa, Renata Wulff, que se ubica cerca de ambos mientras empiezan a brotar los recuerdos de la Facultad que los tuvo a los tres por estudiantes y después como docentes. "Fue una época muy especial: la universidad de oro. Por los logros que había realizado la UBA, especialmente en ciencias duras, verdaderas" (se ríen de la jerga poco conocida por el público no universitario). Susana hace justicia: "También hubo avances importantes en las ciencias sociales. En 1957 se crearon las carreras de Sociología y de Psicología. La medida del nivel académico era la posibilidad de integración que tenían los egresados de nuestras facultades en el exterior". Su marido trata de hacer más explícita la idea: "Los universitarios que salían del país no iban a hacer maestrías como ahora sino que, con la formación local, realizaban doctorados en las mejores universidades del mundo".

La renovación no había sido exclusivamente en el ámbito académico. La Universidad también se había radicalizado políticamente. En sus pasillos se discutía un modelo de país y prevalecía una actitud crítica ante la realidad nacional que trajo muchos dolores de cabeza a los gobiernos democráticos y fue insoportable para el dictador Juan Carlos Onganía. Rubén completa la imagen: "'Como siempre, había diversidad de opiniones. La izquierda más ultra tenía una postura anticientificista", y Susana agrega: "Las disidencias eran estratégicas, pero existían coincidencias de fondo. Teníamos conciencia de que había un proyecto".

La comunidad universitaria era democrática y contrastó con los sectores que apoyaron el golpe contra el presidente Arturo Illia o que lo vivieron con indiferencia. "Era una oposición principista. Los principios democráticos se habían cortado. Se estaba en contra del golpe, sea cual fuere", dice Susana con la aprobación de la anfitriona.

La tarde del 29 de julio de 1966, el gobierno militar resolvió la intervención a la Universidad, desatando horas después *La noche de los bastones largos*. Susana estaba en su casa cuidando a su hija de un año y se enteró por la radio del motivo de la demora de su esposo. Rubén, que era jefe de Trabajos Prácticos en el departamento de Geología, estaba en la Facultad y presenciaba la reunión del Consejo Directivo. "Cuando estaba entrando la policía, el Consejo en pleno abandonó la sala de reuniones. Adelante de todos salió Rolando García. Yo estaba a un costado suyo, a la derecha, dos o tres pasos atrás con otra gente alrededor. Cuando llegamos donde estaba el monumento a Alejandro Volta, se acercó un suboficial retacón y feo. García le dijo: 'Soy el decano de la Facultad', y el tipo le contestó: '¡Qué decano ni qué carajo!', o algo similar, y le sacudió un

bastonazo. Nos hicieron descender por una escalera hacia el patio central donde comenzamos a ser amontonados contra la baranda que daba a la parte de Genética, ubicada en el subsuelo".

¿Inestabilidad o julepe?

Los detalles dramáticos siguen apareciendo. "En el patio había una construcción y unos tablones sobre el piso. Yo no sé si temblaba más por la inestabilidad o por el julepe... Era tanta la gente que se formaron cuatro o cinco hileras entre la pared y los policías. Yo estaba en la primera fila mirando a la pared y de espaldas al Aula Magna. Los que tuvieron la poca suerte de quedar en la periferia recibieron muchos bastonazos".

Rápidamente todos los ocupantes del edificio terminaron allí. Entre ellos, Renata, que era docente del curso de ingreso de la Facultad. "Cuando estábamos en el patio, oímos órdenes de un oficial que sugerían un simulacro de fusilamiento: 'Listos, preparados, apunten...' Me agarré de la mano de Lidia Pizzini, una amiga que estaba al lado mío y le dije: 'No nos pueden fusilar a todos, esto es ridículo'". Después de 30 años, las risas surgen fuertes, pero entonces la reacción había sido muy distinta. "No dijeron 'fuego', pero llegaron hasta ahí".

Agredidos y asustados, los estudiantes y docentes de Exactas fueron sacados por la puerta de Perú 222, entre una doble fila de policías bastones en mano. "Movían los bastones rítmicamente, no te pegaban directamente –explica Rubén–. Los revoleaban mientras pasábamos. Podías esquivar alguno y el que la ligaba, la ligaba". Renata tuvo suerte: "Me pegaron pero no me lastimaron". En cambio Rubén recibió "un golpe suave en la cabeza y otro en la espalda que me provocó la fisura de una costilla. Había mucha gente ensangrentada. Nos metieron en los celulares y a mí me llevaron a la seccional 1ª que está en la calle Lavalle".

De las comisarías del centro, que se vieron colmadas de detenidos y heridos, la gente empezó a salir en forma arbitraria. Algunos antes, otros después, y al final los que tenían antecedentes políticos o de militancia universitaria. "Donde yo estaba había unas 30 personas con miedo e incertidumbre. Estábamos angustiados, y no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar allí", confiesa. Rubén temía la repetición de una anterior experiencia estudiantil: en 1954 había pasado seis meses detenido por ser secretario del Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales, pero esta vez no fue así: "Me largaron unas 36 horas después".

Susana era ayudante de primera en el departamento de Biología. Su noche no fue la de los bastones, pero fue igualmente angustiante e

inolvidable. "Eran las 12 de la noche y yo estaba sola en mi casa con una beba chiquita, por lo cual no podía salir. Estuve despierta escuchando la radio hasta las 5 de la mañana, que me pareció una hora prudente (no sé por qué) para llamar a mis viejos. Vinieron. Mamá se quedó con Adriana y papá me llevó en auto a las comisarías a averiguar dónde estaba Rubén". La búsqueda no resultó tan rápida como hubiera querido. "Había empezado la joda de la cana de pedir a los familiares el certificado de los nombramientos de los docentes para dejarlos salir. Todo el mundo iba y volvía... Después estiraban la liberación durante horas. Te decían: 'Dentro de una hora salen, dentro de una hora salen' y uno daba vueltas y vueltas. Durante años no pude volver a cruzar esa cuadra de Lavalle... Cuando por fin lo largaron, nos fuimos a la casa de mis padres (teníamos miedo de ir a la nuestra), y allí, él descubrió que estaba sumamente dolorido. Se fue a hacer ver por un médico y tenía una costilla fisurada".

Inmediatamente después de la intervención y en un proceso iniciado por las autoridades académicas, comenzaron a llover las renuncias de los profesores y sus ayudantes. "Prácticamente al día siguiente renunció casi el 80% de la Facultad, y la mayoría se fue del país", recuerda Renata.

Los padres de Susana la invitaron a repensar la renuncia ("se quedan los dos sin trabajo"). Pero fue terminante: "por un problema de dignidad –explica–; el día de mañana no vamos a poder mirar a Adriana a la cara y decirle: 'A tu viejo lo apalearon pero yo igual me quedé'. Sobre las renuncias se discutió, entonces y mucho tiempo después, si había sido la mejor táctica o no. Yo creo que si no hubiésemos renunciado nos hubieran echado despacito. La pregunta es si era mejor que nos echaran en vez de irnos".

El éxodo

A partir de esa noche las cosas cambiaron mucho para demasiada gente. "Fue un punto de inflexión en la vida del país y del medio universitario. Hubo consecuencias institucionales para la Nación, para la ciencia y otras más privadas –destaca Susana–, que enfrentó a toda una generación que vio frustrado su proyecto de vida, que tenía que ver con la investigación y la academia. Unos pudieron seguirlo y otros no". Recuerda la situación de la pareja: "Nosotros nos íbamos a ir afuera ese mismo año, con una beca externa. A mí ya me la habían aprobado y en pocos días más se iba a terminar el trámite formal... Con la intervención, la beca se anuló. Entonces, de golpe, todo el proyecto que yo tenía hasta ese momento cambió totalmente. Después recibí una carta de la Universidad diciendo que por ese año no se iban a entregar becas..."

El proceso de reubicación en el exterior fue relativamente fácil para los profesores de más renombre, pero complicado para los docentes jóvenes que no pudieron engancharse en algún equipo de investigación. Con todo, Renata viajó a Venezuela inmediatamente: "Me fui casi enseguida a Caracas". Pero para Rubén no fue tan fácil: "Estuve dos años inactivo. Tenía ofertas en Berkeley, en el New York College y en Holanda, pero no tenía guita ni lugar de inserción para la vuelta. Finalmente fuimos a Venezuela, adonde llegué el 4 de enero de 1968. Allí teníamos una amiga llamada Renata –mira de reojo a la dueña de casa–, que me dio una verdadera mano. En la Facultad de Ciencias Naturales y Exactas, la intervención, las renuncias y el exilio deterioraron la calidad de la enseñanza y permitieron que los que no renunciaron, el 23% de la planta docente y gente nueva, menos formada o que coincidía políticamente con la dictadura, se hiciera cargo de la educación. "Podría decirse que eran unos cagones". Rubén insiste: "Esa es la palabra que mejor refleja la situación: tenían miedo. Miedo de perder su trabajo, miedo de ser detenidos..." Susana agrega: "Para muchos mediocres fue la chance de hacer carrera, que no hubiesen hecho nunca en condiciones de real competencia". Después, con los años, fueron sucediendo cosas peores "y siempre quedaban los mismos" reflexiona Susana.

En 1973, con el regreso de la democracia, "a nadie se le ocurrió ejercer su derecho a la reincorporación, porque era el mismo departamento constituido después de las renuncias del 66 –generaliza Rubén–. Era como meterse en un nido de víboras, gente de poca... moral. Alguna de esa gente sigue estando todavía hoy". Susana deja salir su bronca: "En realidad fue una buena táctica. Después de quedarte en el 66, ya tenías un cierto estomaguito... y luego cada vez te bancás más cosas: la confección de listas negras, la destitución de profesores, la desaparición de personas...". La sombra del horror del Proceso 1976-1983 ronda la conversación.

Tanto Susana como Renata retomaron el contacto con la UBA, dando un posgrado en Psicología e investigando en Ciencias respectivamente. Para ellas es imposible no comparar las dos universidades que les tocaron vivir. "Ahora el nivel es irregular. Hay carreras buenas y otras muy malas". Por eso, no pueden evitar ver *La noche de los bastones largos* como la marca indeleble de "la destrucción de la Universidad".

La botella de cerveza, vacía desde hace un rato, escucha atenta: "La destrucción de la Universidad llegó inclusive hasta en la parte física, porque a algunos ámbitos de la calle Perú los transformaron en una playa de estacionamiento". Rubén arriesga, inseguro: "A lo mejor me equivoco, pero para mí toda la supuesta recuperación histórica de la Manzana de

las Luces es un *bluff* total. Donde era Zoología, se había combatido a los ingleses en 1806; hoy es un puesto de artesanías de segundo nivel. El Aula Magna era el lugar físico donde en 1839 habían asesinado a Manuel Vicente Maza y cosas así". Susana deja salir, con mucha tristeza, su última reflexión: "Es un símbolo de la destrucción total. La Facultad donde yo estudié no existe más. En esa época se hacían estacionamientos; hoy se habría construido un *shopping*".

"Todo era una fiesta"

"*La noche de los bastones largos* fue la irrupción del golpe en la Universidad. Nosotros intuíamos lo que iba a pasar: fue la crónica de una muerte anunciada". Quien así habla trabajó como geóloga la mayor parte de su vida. En 1966, estaba en la última etapa de su carrera en la Facultad de Ciencias, y era ayudante de segunda en la cátedra de Mineralogía del doctor Arístides Romero. Para Alicia Spiegelman, esposa y madre de dos hijos, la intervención de la Universidad fue el fin de una época muy especial.

No estuvo cuando la policía entró en el viejo edificio de la calle Perú. "Ese día me fui de la Facultad al mediodía y, cuando quise volver a la noche a la asamblea, me avisaron que no fuera, que la íbamos a ligar. La verdad es que tuve miedo y no volví". La intervención era esperada, pero no de una manera tan brutal. "Fue horrible. Una pérdida atroz. La Facultad estuvo meses cerrada y no tenía nada que hacer. Sentí una sensación de orfandad muy fuerte".

Las consecuencias de *La noche de los bastones* son muy claras para Alicia: "Fue el principio de la destrucción de la educación pública en la Argentina, en todos los niveles: primario, secundario y universitario. Lo que no destruyeron en ese momento, por ejemplo quemar los libros de Eudeba, lo hicieron después en el 76 con las publicaciones del Centro Editor de América Latina (CEAL), que había sido creado por los renunciantes de la editorial universitaria". Y agrega: "Un verdadero símbolo fue la destrucción de la edificación de Perú, que ocurrió cerca de 1970. No había ninguna necesidad de hacerlo, no había razones técnicas para tirarla abajo. Donde ahora hay un estacionamiento había una construcción nueva, toda de hormigón, donde funcionaban varios laboratorios y a la que jocosamente llamábamos 'Rolando Palace', el Aula Magna, una parte vieja con aulas, lindera con el Colegio Nacional de Buenos Aires, como así también la biblioteca y la hemeroteca".

La intervención fue un quiebre doloroso en la historia universitaria; "a veces cuesta más recordar ese momento que lo que fue antes o después. Porque la anterior fue la mejor época de la UBA, desde todo punto de vista: académico, político, incluso como experiencia vital de uno". La idea la resume en una expresión: "Todo era una fiesta".

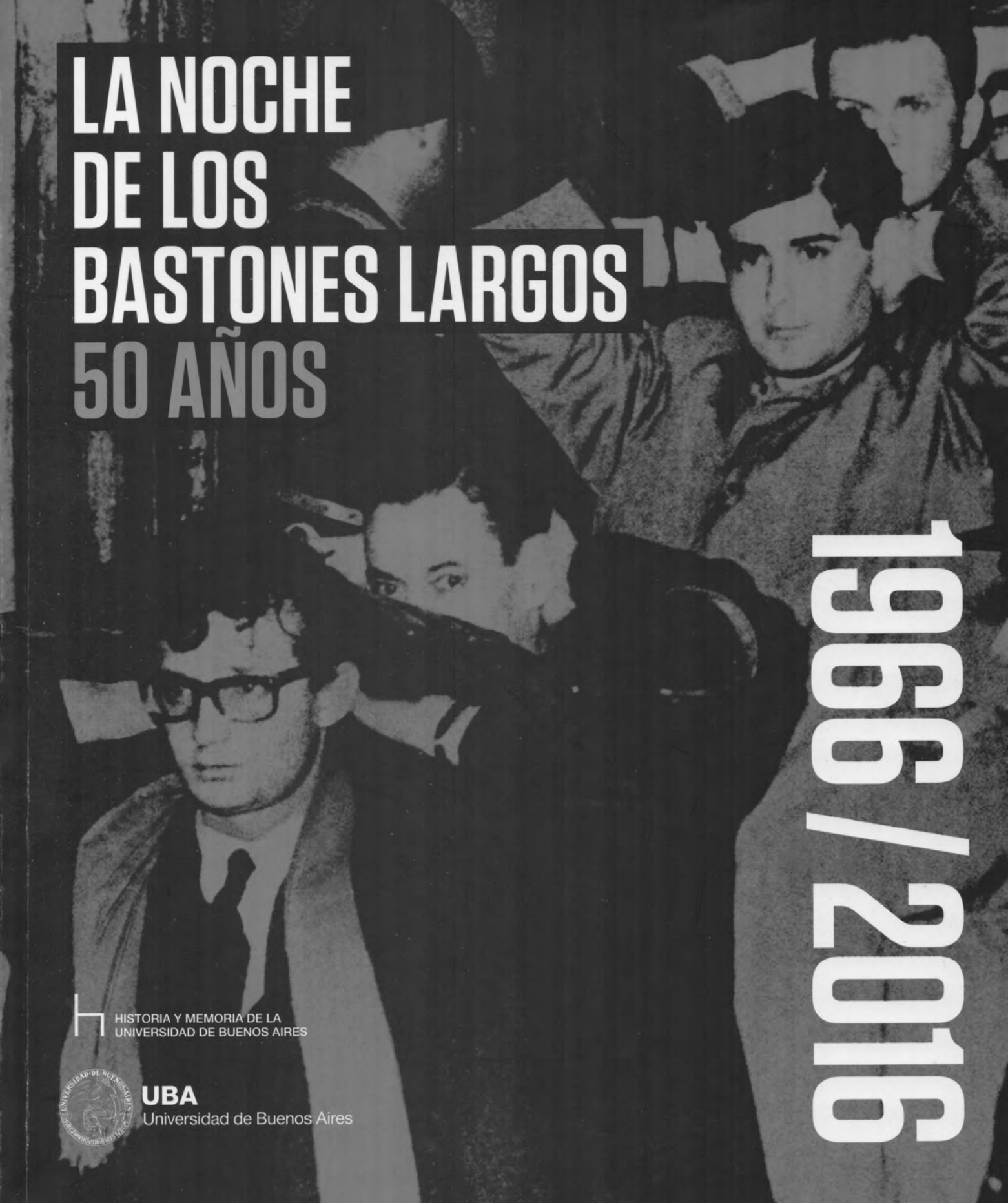
Para Alicia Spiegelman fue esa una época de gran nivel en la UBA, "y en ese contexto Exactas era una privilegiada. Tenía un porcentaje muy importante del presupuesto universitario".

Los fondos que permitían a la Facultad tener un buen funcionamiento parecen increíbles en la actualidad. "Por ejemplo, había plata para que los alumnos asistiéramos a Congresos". Pero eso no es todo: "Yo hice mi tesis de licenciatura con recursos de la Facultad. Así pude viajar en avión con un asistente a los Valles Calchaquíes, en Catamarca, pagar baqueano, alquilar animales, vivir en hoteles y estar un mes trabajando en el área".

Los estudiantes tenían un objetivo preciso. "La aspiración era recibirse, quedarse como docentes en la Facultad, investigar y enseñar. Porque económicamente con un sueldo de ayudante de primera se podía vivir".

LA NOCHE DE LOS BASTONES LARGOS
50 AÑOS

1966 / 2016



HISTORIA Y MEMORIA DE LA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

UBA
Universidad de Buenos Aires

Hoy realizamos un homenaje para todos aquellos que trabajan y luchan por una Universidad de excelencia, autónoma y cogobernada.

A mí me cabe el honor y el orgullo de pertenecer a esta institución primero como alumna, luego docente y ahora como Secretaria de Asuntos Académicos. Es una enorme responsabilidad estar a la altura de nuestros antecesores y seguir realizando aportes en el trabajo cotidiano.

La Universidad reflexiona constantemente sobre sí misma para estar a la altura de los desafíos de las actuales transformaciones científicas y tecnológicas, promover la inclusión con saberes socialmente significativos de un conjunto cada vez más numeroso y diverso de alumnos, contribuir al desarrollo económico y social y participar de los grandes debates nacionales.

Prof. María Catalina Nosiglia

RESEÑA HISTÓRICA.

RENOVACIÓN Y MODERNIZACIÓN EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES: 1955 - 1966

El 16 de septiembre de 1955, un movimiento militar derrocó al gobierno constitucional presidido por Juan Domingo Perón. Las nuevas autoridades surgidas concedieron a los estudiantes y graduados universitarios que se habían movilizado en oposición al gobierno peronista un lugar de privilegio en el gobierno de las casas de altos estudios. En la Universidad de Buenos Aires fue designado Rector el prestigioso historiador José Luis Romero, elegido a partir de una terna elevada por la Federación Universitaria y que incluía también al filósofo Vicente Fatone y al historiador de la ciencia José Babini.

A partir de estos años se inició en la Universidad de Buenos Aires un intenso proceso de renovación que se profundizó con la sanción de nuevos Estatutos en 1958. Éstos aseguraron la autonomía y el cogobierno de estudiantes, profesores y graduados. Como resultado de la aplicación de las nuevas normas fue electo Rector de la Universidad el filósofo Risieri Frondizi.

El proceso de transformación y modernización de la Universidad de Buenos Aires se expresó de diferentes formas. En esos años la institución comenzó a modificar su fisonomía incorporando activamente la vida científica y cultural, y relegando parcialmente su orientación casi exclusiva hacia la formación de profesionales liberales. Uno de los factores que posibilitó la transformación fue una masiva convocatoria a concursos que provocó un recambio de gran parte del cuerpo docente. La expansión simultánea y

posterior del sistema de dedicación exclusiva a la docencia constituyó otro de los ejes de estos cambios. Había 10 docentes con esa categoría en la UBA en 1957, pero en 1962 ya superaban los 600. El impulso a las actividades de investigación promovida por los concursos y la expansión del sistema de dedicación exclusiva se expresó también en la creación de nuevos Institutos científicos. Al mismo tiempo, esta política fue respaldada a través de la creación del Conicet, que otorgó becas a jóvenes graduados que pudieron así completar su formación como investigadores.

El proceso de transformación y modernización que experimentó en estos años la UBA no tuvo el mismo impacto en todas las Facultades. Fue particularmente intenso en algunas de ellas. En otras, incluso, se canalizó sólo a través de algunas carreras. Sin embargo, hubo unidades académicas que participaron muy marginalmente de estos cambios. Ciencias Exactas constituye, probablemente, la manifestación más clara de estos cambios. La Facultad de Filosofía y Letras experimentó también transformaciones sustantivas desde 1955. Allí, el proceso de modernización se expresó sobre todo a partir de la creación de nuevas carreras, como Sociología y Psicología, que cumplieron un papel fundamental en la renovación del perfil de la Facultad. Bajo la dirección de Gino Germani, la enseñanza universitaria de la Sociología se transformó sustantivamente. Mientras antes consistía, básicamente, en un estudio de las ideas sobre la Sociedad, a partir de entonces se privilegió el análisis de las estructuras sociales con métodos modernos. Con la creación de la carrera de Psicología culminaron una serie de intentos que databan de los últimos años del período del gobierno de Perón. A principios de los años sesenta, Psicología era la carrera más numerosa de la Facultad.

LA FACULTAD DE ARQUITECTURA Y URBANISMO

La Facultad de Arquitectura y Urbanismo fue otro de los centros académicos que experimentó cambios sustantivos entre 1955 y 1966. En lo curricular, se destaca la creación de la asignatura "Visión", que abordaba la problemática de la forma con un acento menos artístico que científico, relacionándola con la Matemática, la Psicología y la Semiología. La sede física de la FAU fue en estos años más bien precaria, pues sus cursos se dictaban en la Manzana de las Luces. En 1957 se le agregó el recientemente adquirido edificio de Independencia 3065, que apenas se usó, y más adelante los pabellones de chapa y madera detrás de la Facultad de Derecho, en Recoleta, donde se produjeron los incidentes de la intervención de 1966.

LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS

La modernización de la FCEN se sustentó en un proyecto político – académico, respaldado por la mayoría de los claustros, que buscaba alcanzar la excelencia académica para volcarla a la solución de los "problemas nacionales". Se promovió la investigación, creando numerosos cargos de dedicación

exclusiva, se reemplazó la estructura de cátedras por los Departamentos como unidades de investigación y docencia, y se impulsaron numerosas iniciativas. Entre ellas, puede destacarse el Instituto de Cálculo, que incorporó la primera computadora científica del país; el desarrollo del Departamento de Física; la renovación en Química, Biología y Geología; el impulso a Meteorología; la creación del Departamento de Industrias junto con la Facultad de Ingeniería, y las innovaciones pedagógicas en el Curso de Ingreso, que se dictaba con un circuito cerrado de televisión.

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Uno de los aspectos sobresalientes de la experiencia universitaria iniciada en 1955 fue el impulso a las actividades de Extensión Universitaria. En 1956, se creó un Departamento para impulsar estas actividades que procuraban fortalecer y canalizar el compromiso social de la Universidad. El proyecto de mayor envergadura que organizó el nuevo Departamento fue el que se estructuró alrededor del llamado "Centro de Desarrollo Integral de Isla Maciel". Allí, en uno de los lugares más desfavorecidos del gran Buenos Aires, se conformó un centro de acción comunitaria y se organizó un programa que durante un período de diez años mantuvo un centro escolar para adultos, una cooperativa de consumo y otra de vivienda, un centro de asistencia para jóvenes y adultos y uno de recreación para niños. El centro fue desarticulado a raíz de las renuncias posteriores a la Noche de los Bastones Largos.

EUDEBA

La creación de EUDEBA, que tuvo lugar en esta etapa, constituyó uno de los hechos más significativos de la historia de la Universidad de Buenos Aires. Fue dirigida durante estos años por el matemático Boris Spivacow, quien logró situarla como una editorial de referencia en materia académica y científica, sobre todo en el mundo universitario de lengua hispana. Al mismo tiempo, llevó a cabo una intensa tarea de difusión cultural. Entre 1958 y 1966, EUDEBA publicó 12 millones de volúmenes que fueron distribuidos a precios accesibles y a través de una red de kioscos situados en distintos puntos de la Ciudad de Buenos Aires.

LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES EN UNA DÉCADA CONFLICTIVA

Los años sesenta estuvieron caracterizados por un clima de creciente conflictividad. La proscripción del peronismo, establecida años antes por la "Revolución Libertadora", generaba una profunda tensión dentro del sistema político.

La Universidad de Buenos Aires no fue ajena a este "mundo de tensiones", como denominó a uno de sus libros Risieri Frondizi. Luego de finalizado el

CARTA A JUAN CARLOS ONGANÍA ENVIADA DESDE EL EXTERIOR FIRMADA POR MÁS DE 192 FÍSICOS DE RENOMBRE, ENTRE ELLOS VARIOS PREMIOS NOBEL, REPUDIANDO LA INTERVENCIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES DE LA UBA

ESPACIO DE PUBLICIDAD

6 PREMIOS NOBEL Y 186 CIENTIFICOS DE FAMA MUNDIAL

El Departamento de Física de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires se ha desintegrado. 69 de sus 75 docentes e investigadores "full-time" se han alejado de sus funciones como consecuencia de la intervención del Gobierno en la Universidad y de la subsiguiente acción policial.

Los abajo firmantes han recibido copia de una carta enviada al Teniente General Onganía por 182 físicos del mundo occidental, entre los que se encuentran seis Premios Nobel y los más destacados especialistas y directores de institutos. Creemos un deber ineludible de conciencia darla a conocer a la opinión pública, para que ella juzgue el respeto que la acción de nuestros colegas y nuestra en la Universidad ha inspirado en los círculos intelectuales del exterior.

Buenos Aires, 26 de septiembre de 1966.

Dr. Juan José Giambiagi, ex Jefe del Departamento de Física, F.C.E.N.
Dr. Carlos Guido Bollini, ex Profesor Titular del Dpto. de Física.
Dr. Juan Gualterio Roederer, ex Profesor Titular del Dpto. de Física.
Dr. Carlos Manuel Varsavsky, ex Profesor Titular del Dpto. de Física.

TRADUCCION DEL TEXTO DE LA CARTA

5 de septiembre de 1966.

Al Excmo. Señor Presidente
de la República Argentina
Teniente General Juan Carlos Onganía
Casa Rosada
Presidencia de la Nación
Buenos Aires, Argentina.
Excelentísimo Señor:

Desde hace años, la Universidad de Buenos Aires se ha convertido en una institución de educación y en un centro de investigación de la más alta calidad, y de reputación internacional. Esta reputación es fundamentalmente consecuencia de la existencia de un cuerpo docente de primera clase, al cual sería imposible reemplazar en muchos años, y sin el cual la Universidad no podría retener su jerarquía ni su prestigio. La reciente acción del Gobierno Argentino sólo puede tender a alejar una gran parte del cuerpo docente de la Facultad de Ciencias y, con ello, destruir la Universidad. Para evitar que ello ocurra, los físicos abajo firmantes urgimos enfáticamente a V. E. a restaurar la independencia de la Universidad de interferencias extrañas, a abstenerse de tomar medidas contra cualquiera de sus integrantes, y a prevenir cualquier ulterior sufragio de la libertad intelectual, tal como se la concibe en la mayoría de las culturas occidentales.

O. Chamberlain, profesor de física, Universidad de California, U. S. A. (Premio Nobel); [redacted] profesor de física, California Institute of Technology, U. S. A. (Premio Nobel); R. Hofstadter, profesor de física, Universidad de Stanford, U. S. A. (Premio Nobel); T. D. Lee, profesor de física, Universidad de Columbia, U. S. A. (Premio Nobel); E. M. McMillan, profesor de física, Universidad de California, U. S. A. (Premio Nobel); I. I. Rabi, profesor de física, Universidad de Columbia, U. S. A. (Premio Nobel); E. Abers, Universidad de California, U.S.A. S. Adler, Institute for Advanced Study, U.S.A. A. Ashel, Lawrence Radiation Laboratory, U. S. A. M. Almiz, Lawrence Radiation Laboratory, U. S. A. U. Amaldi, Instituto de Sanidad, Roma, Italia. D. Amati, Universidad de Trieste, Italia. R. Ammar, Northwestern University, U.S.A. R. L. Anderson, Universidad de Chicago, U.S.A. A. Astier, College de France, Paris, Francia. P. Auvil, Northwestern University, U.S.A. M. Baker, Universidad de Washington, U.S.A. J. Ball, Universidad de California, U.S.A. A. Barbaro-Galtieri, Lawrence Radiation Laboratory, U.S.A. O. Barut, Universidad de Colorado, U.S.A. M. Beg, Johns Hopkins University, U.S.A. M. Benevenlano, Universidad de Roma, Italia. S. Berman, Stanford University, U.S.A. C. Bernardini, Universidad de Roma, Italia. J. Boorken, Stanford University, U.S.A. S. Bludman, Universidad de Pennsylvania, U.S.A. C. Bouchiat, Fac. de Sciences, Orsay, France. D. Boulware, Universidad de Washington, U. S. A. A. Brenner, Universidad de Harvard, U. S. A. L. M. Brown, Northwestern University, U.S.A. L. Brown, Yale University, U.S.A. P. Buttin, Universidad de Trieste, Italia. N. Byers, Universidad de California, U.S.A. N. Cabibbo, Universidad de Roma, Italia. D. O. Caldwell, Universidad de California, U.S.A. R. Capps, Northwestern University, U.S.A. A. P. Carruthers, Cornell University, U.S.A. M. Cassandro, Massachusetts, Institute of Technology, U.S.A. G. Charpak, CERN, Suiza. G. F. Chew, Universidad de California, U.S.A. D. Cline, University of Wisconsin, U.S.A. S. Coleman, Universidad de Harvard, U.S.A. V. Cook, University of Washington, U.S.A. H. C. Corben, Space Technology Laboratory, U.S.A. R. Cowarat, Rockefeller University, U.S.A. M. Crozon, College de France, Paris, Francia. R. E. Cutkosky, Carnegie Institute of Technology, U.S.A. R. H. Dalitz, Universidad de Oxford, Inglaterra. R. F. Dashen, Institute for Advanced Study, U.S.A. M. Derrick, Argonne National Laboratory, U.S.A. R. Desai, Universidad de California, U.S.A. J. J. Deswart, Universidad de Nijmegen, Holanda. S. Devons, Royal Society, Reino Unido. G. Diambrini, Universidad de Génova, Italia. R. Diebold, Stanford University, U.S.A. Y. Dothan, Universidad de Tel Aviv, Israel. S. Drell, Stanford University, U.S.A. H. P. Duerr, director, Division Teórica, Instituto Max Planck, Alemania. L. Durand, Universidad de Wisconsin, U.S.A. R. J. Eden, Universidad de Cambridge, Inglaterra. R. P. Ely, Lawrence Radiation Laboratory, U.S.A. G. Feinberg, Columbia University, U.S.A. D. Feldman, Johns Hopkins University, U.S.A. R. J. Finkelstein, Universidad de California, U.S.A. V. Fitch, Princeton University, U.S.A. W. Fraser, Universidad de California, U.S.A. D. Z. Freedman, Universidad de California, U.S.A. P. G. O. Freund, Universidad de Chicago, U.S.A. H. Fried, Brown University, U.S.A. M. Froissart, CEN, Saclay, Francia. C. Fronsdal, Universidad de California, U.S.A. T. Fulton, Johns Hopkins University, U.S.A. C. M. Gerelli, Universidad de Bari, Italia. S. Gasiorowicz, Universidad de Minnesota, U.S.A. R. Gatto, Universidad de Florencia, Italia. M. Gellmann, California Institute of Technology, U.S.A. F. Gilman, California Institute of Technology, U.S.A. S. Glashow, Universidad de Harvard, U.S.A. C. J. Goebel, Universidad de Wisconsin, U.S.A. M. L. Goldberger, Princeton University, U.S.A. E. L. Godwasser, Universidad de Illinois, U.S.A. I. Good, Universidad de Wisconsin, U.S.A. K. Gottfried, Cornell University, U.S.A. M. Gourdin, Facultad de Ciencias, Orsay, Francia. B. P. Gregory, director general del CERN, Suiza. F. Gursey, Universidad Técnica del Medio Este, Turquía. J. Haipern, Universidad de Pennsylvania, U.S.A. Y. Hara, Universidad de Tokio, Japón. A. C. Helmholtz, Universidad de California, U.S.A. E. Hendrey, Universidad de Washington, U.S.A. K. Hepp, Princeton University, U.S.A. C. Henich, California Institute of Technology, U.S.A. K. Huang, Massachusetts Institute of Technology, U.S.A. D. Ierasovich, Argonne National Laboratory, U.S.A. M. Jacob, científico, Saclay, Francia. R. Jacobsohn, Universidad de Washington, U.S.A. H. Joos, DESY, Alemania. D. L. Judd, Universidad de California, U.S.A. P. Kabir, Rutherford High Energy Laboratory, Gran Bretaña. G. Kallen, Universidad de Lund, Suecia. G. Kane, Universidad de Michigan, U.S.A. R. Karplus, Universidad de California, U.S.A. P. E. Kaus, Universidad de California, U.S.A. K. Kawarabayashi, California Institute of Technology, U.S.A. H. Kendall, Massachusetts Institute of Technology, U.S.A. N. Khuri, Rockefeller University, U.S.A. T. Kycia, Brookhaven National Laboratory, U.S.A. J. Laberrigue, Lab. de Física Nuclear, Francia. A. Lagarrigue, Orsay, Francia. R. L. Lander, Universidad de California, U.S.A. R. Latter, Rand Corporation, U.S.A. L. Lederman, Columbia University, U.S.A. B. W. Lee, Universidad del Estado de New York, U.S.A. H. Lehmann, Universidad de Hamburgo, Alemania. P. Lehmann, Universidad de Paris, Francia. H. J. Lipkin, Instituto Weizmann de Ciencia, Israel. F. Low, Massachusetts Institute of Technology, U.S.A. S. Mandelstam, Universidad of California, U.S.A. A. Martin, CERN, Suiza. G. Masek, Universidad de California, U.S.A. F. T. Matthews, Imperial College, Londres, Inglaterra. J. Meyer, CEN, Saclay, Francia. P. Meyer, Fac. de Ciencias, Orsay, Francia. D. H. Miller, Purdue University, U.S.A. P. Mittner, CERN, Suiza. G. Morpurgo, Univ. de Génova, Italia. B. J. Moyer, Universidad de California, U.S.A. R. Natal, Fac. de Ciencias, Orsay, Francia. R. E. Norton, Universidad de California, U.S.A. G. Nyman, Akademia Abo, Finlandia. Y. Neeman, Director Departamento de Física, Universidad de Tel Aviv, Israel. R. Oehme, Universidad de Chicago, U. S. A. T. O. O'Halloran, Universidad de Illinois, U.S.A. R. L. Omnes, Estrasburgo, Francia. Y. Pal, Instituto Tata, India. W. K. H. Panofsky, Stanford University, U.S.A. R. Peynter, Johns Hopkins University, U.S.A. C. Peyrou, CERN, Suiza. O. Piccioni, University of California, U.S.A. J. Pine, California Institute of Technology, U.S.A. F. Pipkin, Universidad de Harvard, U.S.A. J. C. Palkinghorne, Universidad de Cambridge, Inglaterra. R. H. Pratt, Universidad de Pittsburgh, U.S.A. J. Prentky, CERN, Suiza. M. Propstein, Lawrence Radiation Laboratory, U.S.A. R. Querrell, Univ. de Nápoles, Italia. L. Radicati, Univ. de Pisa, Italia. D. Reeder, Universidad de Wisconsin, U.S.A. A. Roberts, Argonne National Laboratory, U.S.A. D. K. Robinson, Western Reserve University, U.S.A. H. Rubinstein, Instituto Weizmann de Ciencia, Israel. R. G. Sachs, Universidad de Chicago, U.S.A. A. Salam, Imperial College, Inglaterra. G. Salvini, Universidad de Roma, Italia. N. P. Samios, Brookhaven National Laboratory, U. S.A. J. Sandweiss, Yale University, U.S.A. R. Sawyer, Universidad de California, U.S.A. L. Schiff, director Departamentos de Física, Stanford University, U.S.A. F. E. Schlein, Universidad de California, U.S.A. R. A. Schluter, Northwestern University, U. S.A. S. Schwebor, Brandeis University, U. S.A. G. Segre, Universidad de California, U.S.A. A. Shapiro, Universidad de California, U.S.A. G. Shaw, Universidad de California, U.S.A. G. Sommarfield, Yale University, U.S.A. H. P. Stapp, Lawrence Radiation Laboratory, U.S.A. J. Steinberger, Columbia University, U.S.A. V. L. Telegdi, Universidad de Chicago, U.S.A. A. G. Tenner, Zeeman Laboratorium, Holanda. H. K. Tiche, Universidad de California, U.S.A. H. A. Tolhoek, Groningen, Holanda. A. Tollestrup, California Institute of Technology, U.S.A. S. Treiman, Princeton University, U.S.A. B. H. Udgaonkar, Tata Institute, India. L. Van Hove, director de física teórica, CERN, Suiza. P. Vitale, Univ. de Nápoles, Italia. K. C. Wali, Argonne National Laboratory, U.S.A. R. L. Warnock, Illinois Institute of Technology, U.S. A. V. F. Weisskopf, Massachusetts Institute of Technology, U.S.A. G. C. Winck, Columbia University, U.S.A. R. Williams, Universidad de Washington, U.S.A. W. J. Willis, Yale University, U.S.A. K. Winter, CERN, Suiza. L. Wolfenstein, Carnegie Institute of Technology, U.S.A. D. Wong, Universidad de California, U.S.A. T. T. Wu, Universidad de Harvard, U.S.A. J. Yellin, Brookhaven National Laboratory, U.S.A. D. Yennie, Cornell University, U.S.A. C. P. Yuth, Universidad de Maryland, U.S.A. F. Zachariasen, California Institute of Technology, U.S.A. D. Zwanziger, Universidad de New York, U.S.A. G. Zweig, California Institute of Technology, U.S.A.